

Mapa de escritores hispanoamericanos en Madrid

Amado Nervo

David Toscana



**Comunidad
de Madrid**

Cubierta:

Amado Nervo, autor anónimo (CNL-INRA)

Plano guía de Madrid de 1915
(Biblioteca Regional de Madrid)

Mapa de escritores hispanoamericanos en Madrid

Amado Nervo

A handwritten signature of Amado Nervo in black ink, featuring a stylized 'A.' followed by 'Nervo' and a long, sweeping underline.

David Toscana



PRESIDENTA DE LA COMUNIDAD DE MADRID

Isabel Díaz Ayuso

CONSEJERO DE CULTURA, TURISMO Y DEPORTE

Mariano de Paco Serrano

VICECONSEJERO DE CULTURA, TURISMO Y DEPORTE

Luis Fernando Martín Izquierdo

DIRECTOR GENERAL DE PATRIMONIO CULTURAL Y OFICINA DEL ESPAÑOL

Bartolomé González Jiménez

SUBDIRECTORA GENERAL DEL LIBRO

Isabel Moyano Andrés

MAPA DE ESCRITORES HISPANOAMERICANOS EN MADRID:

AMADO NERVO

EDITA:

Comunidad de Madrid

TEXTOS:

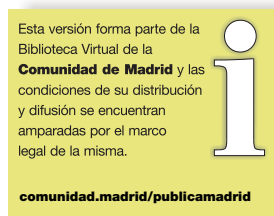
David Toscana

DISEÑO Y MAQUETACIÓN:

conarquitectura ediciones

IMPRESIÓN:

Boletín Oficial de la Comunidad de Madrid



© de la edición: Comunidad de Madrid

© de los textos: David Toscana

© de las imágenes: Los autores, Archivo ABC, Ayuntamiento de Madrid.

Archivo de Villa, Biblioteca Nacional de España, Biblioteca Regional de Madrid, Museo de Historia de Madrid

La Dirección General de Patrimonio Cultural y Oficina del Español ha hecho todo lo posible para identificar a los propietarios de los derechos intelectuales de las imágenes reproducidas en esta publicación. Se piden disculpas por los posibles errores u omisiones y se agradecerá cualquier información adicional de derechos no mencionados en esta edición para, en caso de tratarse de un requerimiento legítimo y fundamentado, buscar una solución equitativa.

ISBN: 978-84-451-4252-3

DL: M-12811-2026

Impreso en España – Printed in Spain

ÍNDICE

1. Amado Nervo en Madrid.....	9
2. Algo sobre la muerte del poeta Nervo.....	95
 Cronología.....	 103
Bibliografía	105
Sitios de Amado Nervo.....	108

PRESENTACIÓN

Mucho antes de que el boom fuera una realidad, Madrid ya era un destino para escritores y poetas llegados de Hispanoamérica que venían atraídos por una historia y lengua comunes.

Desde el final del siglo XIX y los primeros años del XX, muchos autores hispanoamericanos buscaron en España una tribuna desde la que hacer que sus obras llegasen a Europa. Así fueron asentando los cimientos de un reconocimiento universal que la literatura del otro lado del Atlántico iba a alcanzar en la segunda mitad del siglo pasado.

Rubén Darío, José Enrique Rodó, Leopoldo Lugones y, desde luego, Amado Nervo contribuyeron a construir un puente literario entre España e Hispanoamérica y por el que transitarían autores y lecturas.

Hablar de Amado Nervo es hacerlo de uno de los grandes exponentes del Modernismo hispanoamericano. Llegó a Madrid en 1905, integrado en la delegación mexicana, y la ciudad lo fue adoptando poco a poco. A partir de entonces, ese vínculo resultaría decisivo: Madrid fue su centro de aprendizaje y de inspiración, un lugar donde su voz encontraría un nuevo tono.

La capital, en plena pujanza cultural y en su condición de puente hacia Europa, le permitió asomarse de cerca a obras y corrientes que recorrían el fin de un siglo y los comienzos del nuevo. Tuvo la oportunidad de visitar bibliotecas, asistir a conferencias y tertulias y hacer relaciones personales y profesionales con figuras literarias y políticas.

En Madrid incorporó las influencias europeas sin renunciar a su esencia, convirtiéndose en una de las voces poéticas más influyentes de su tiempo.

Madrid no fue para Nervo un lugar más donde escribir, la ciudad se convirtió en el espacio desde el que pensó en los temas que le preocupaban: la espiritualidad, el amor, la muerte... Fue fuente de inspiración y, al mismo tiempo, referencia cultural en su obra. En sus páginas, Madrid aparece dicha con admiración: «Caminar por Madrid es sentir el pulso

de la vida y de la historia al mismo tiempo; aquí la poesía se encuentra en cada esquina».

En este volumen del «Mapa de escritores hispanoamericanos», coordinado por Sergio Ramírez, la Comunidad de Madrid celebra el paso del poeta por la ciudad: un espacio que dejó huella en su obra y que, todavía nos invita a leer Madrid como un lugar donde la literatura respira.

Mariano de Paco Serrano

Consejero de Cultura, Turismo y Deporte



Retrato de Amado Nervo. En *Escritores en la Diplomacia Mexicana*, tomo I, México, p. 42. Biblioteca Nacional.

AMADO NERVO EN MADRID



Placa conmemorativa de la estancia de Amado Nervo en la finca de la calle Bailén, 15.

Cuando se piensa en la vida de Amado Nervo se piensa también en la muerte: por su poesía, por su amada inmóvil, por sus obsesiones y por su propia muerte. Su amigo, Miguel de Unamuno, escribió: «Hablamos, sobre todo, de la muerte. Era la meditación, o mejor, era la ensoñación casi continua de Amado. Porque Nervo soñaba en la muerte. Pasó la vida soñando en la muerte, no en la vida misma».

Entretanto, Amado Nervo escribía:

Siento que algo solemne va a llegar a mi vida.
¿Es acaso la muerte? ¿Por ventura el amor?

Pero antes de que cayeran estas sombras sobre su existencia, él se decía hombre de poca biografía. Aseguraba que nunca le había ocurrido nada digno de mencionarse. Se comparaba con el rey de un poema de Juan de Dios Peza, cuyos versos finales decían: «Era un rey a quien jamás le sucedió cosa alguna». Para presentarse ante los lectores españoles, escribió algunas líneas.

Nací en Tepic, pequeña ciudad de la costa del Pacífico, el 27 de agosto de 1870. Mi apellido es Ruiz de Nervo: mi padre lo modificó encogiéndolo. Se llamaba Amado y me dio su nombre. Resultó, pues, Amado Nervo, y esto que parecía seudónimo —así

lo creyeron muchos en América— y que en todo caso era raro, me valió quizá no poco para mi fortuna literaria. Quién sabe cuál habría sido mi suerte con el Ruiz de Nervo ancestral, o si me hubiese llamado Pérez y Pérez.

Empecé a escribir siendo muy niño, y en cierta ocasión, una hermana mía, encontró mis versos, hechos a hurtadillas, y los leyó en el comedor a toda la familia reunida. Yo hui a un rincón. Mi padre frunció el ceño. Y eso fue todo. Un poco más de rigidez y escape para siempre. Hoy sería quizás un hombre práctico.

Algo de práctico había en él, pues en 1905 escribió al entonces secretario de Relaciones Exteriores de México para solicitar empleo. «No carezco de la instrucción necesaria para ser útil a mi país en un puesto público del linaje que solicito», decía en su carta. Eran los tiempos de Porfirio Díaz en México y de Alfonso XIII en España. La Real Academia Española había propuesto a Marcelino Menéndez Pelayo para el premio Nobel, que habría de otorgarse al polaco Henryk Sienkiewicz; aunque venían, claro, de habérselo concedido el año anterior a José Echegaray. Fue el año en el que el pueblo salmantino de Boada solicitó trasladarse por entero a la Argentina y el de la tragedia del hundimiento del tercer depósito del Canal de Isabel II. También fue el *annus mirabilis* de Albert Einstein.

Su apuesta, como la de todo escritor en aquellos días, era que lo enviaran a París. Otro deseo era Roma. Pero no estuvo mal el tercer premio: Madrid. En junio de ese año recibió el nombramiento como segundo secretario en la legación de México en Madrid. Además, Justo Sierra, ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes le encargó la misión de «estudiar en Europa los programas y métodos relativos a la enseñanza de la lengua y la literatura».

Amado Nervo habría de enterrar a Justo Sierra en Madrid en 1912, y se mantendría en su empleo de la legación mexicana durante trece años, hasta 1918.

Hizo su entrada en España por San Sebastián el 29 de agosto de 1905, recién cumplidos los treintaicinco años. Antes había desembarcado en Francia y pasado algunos días en París. En la estación del tren lo recibió su jefe, Juan Antonio Béistegui. De camino a Madrid, en Burgos, le dio la bienvenida el eclipse de sol del 30 de ese mes. Se instaló en la legación mexicana el 2 de septiembre en tanto buscaba un sitio donde vivir.

Fue un personaje discreto, de poca tertulia y vida social. «En España vivo aislado», escribe. «Estoy en comunicación intelectual con muchos, pero veo a poquísima gente». Hacía mucha vida en casa porque ahí tenía oculta a su mujer fuera de la ley, la francesa Anne Cecile Louise Dailliez, que él llamaba Anita, y a la hija de ella, Margot. «Aparentemente yo vivía solo, y muy raro debió ser el amigo cuya perspicacia adivinara, al visitarme, que allí, a dos pasos de él, latía por mí, por mí solo, el corazón más noble, más desinteresado y más afectuoso de la tierra».

En 1906, cuando Nervo aún no tenía una vida que se le volviera biografía, Julio Camba le hizo una excelente semblanza:

Amado Nervo es un místico. Lo es aun cuando canta la carne, la alegría y el amor. El misticismo se deriva en todos los casos de un exceso de sensibilidad, y, muy frecuentemente, de sensibilidad sexual. «Desde niño», me decía Amado Nervo, «he tenido que reflexionar acerca de la muerte. Estas reflexiones las hacía ya con mis hermanos en el paseo o durante las comidas, bajo las instrucciones de mi padre. Todas las noches se rezaba en mi casa el rosario. Los domingos mi padre nos leía la Biblia y nos obligaba a meditar sobre ella. Luego, cuando nos sacaba a pasear, lo hacía siempre por los lugares más apartados, lejos de la música y de las diversiones públicas. Mi padre explicaba esto con una frase invariable: Vamos a hacerle contrapeso al mundo».

Nervo estuvo haciendo este contrapeso hasta los diecinueve años, a cuya edad salió de un colegio de jesuitas. En el colegio leía a nuestros clásicos: San Juan de la Cruz, Fray Luis, Santa Teresa y, sobre todo, San Francisco de Asís. Leía también a Chateaubriand que es uno de los autores que más le ha influido, y a Kempis.

Hagamos aquí una pausa. *La imitación de Cristo*, de Tomás de Kempis, era un libro muy leído, sobre todo en Semana Santa. Se le llamaba simplemente la *Imitación* o la *Imitatio* o el *Kempis*. Aparece en la obra de varios autores; por ejemplo, es protagonista en *La estafeta romántica*, de Benito Pérez Galdós. «Heme acogido al Kempis, que por donde quiera que se abra nos muestra un admirable pensamiento, de pasmosa concordancia con lo que sentimos o padecemos». He leído: «Cuando el hombre se humilla por sus defectos, entonces fácilmente aplaca a los demás, y sin dificultad satisface a los que le odian».

Muy temprano en su vida de escritor, Amado Nervo le dedicó un poema, que comienza así:

Ha muchos años que busco el yermo,
ha muchos años que vivo triste,
ha muchos años que estoy enfermo,
¡y es por el libro que tú escribiste!
¡Oh Kempis!, antes de leerte amaba
la luz, las vegas, el mar Océano;
mas tú dijiste que todo acaba,
que todo muere, que todo es vano.

Volvemos a Julio Camba, que habla de los abrumadores ejercicios ignacianos que sufrió Nervo cuando corría para seminarista. Luego cuenta que «al salir del colegio, Nervo comenzó a viajar. Imaginaos la vida del mundo en unas pupilas que siempre miraron el cielo. Cuando pasaron algunos años, compuso las *Místicas*. Desde Fray Luis no se ha hecho en castellano cosa alguna semejante. En ellas el misticismo lucha con todas las pasiones del hombre y de su época».

Carne, carne maldita que me apartas del cielo,
carne tibia y rosada que me impeles al vicio:
ya rasgué mis espaldas con cilicio y flagelo
por vencer tus impulsos, y es en vano, ¡te anhelo
a pesar del flagelo y a pesar del cilicio!

Camba escribe esto para los lectores españoles, que aún no conocen al poeta mexicano. Nos dice que vivió con Rubén Darío en París. «Al regresar a casa con Darío, miraban las brasas de la chimenea y veían cómo de esas brasas parecían surgir toda clase de espíritus misteriosos».

Pero no llegó a Madrid por su misticismo ni por sus versos, sino por haber aprobado el examen para ser miembro de la diplomacia mexicana.

¿Versos autobiográficos? Ahí están mis canciones,
allí están mis poemas: yo, como las naciones
venturosas, y a ejemplo de la mujer honrada,
no tengo historia: nunca me ha sucedido nada,

oh noble amiga ignota, qué pudiera contarte.
Allá en mis años mozos, adiviné del Arte
la armonía y el ritmo, caros al Musageta,
y, pudiendo ser rico, preferí ser poeta.
—¿Y después?
—He sufrido como todos y he amado.
—¿Mucho?
—Lo suficiente para ser perdonado...

► | **Los balcones**
Bailén, 15

Quienes pasen por la calle de Bailén, frente a los jardines de Sabatini, descubrirán una placa con aspecto de lápida escrita por un poeta chanflón: «Aquí vivió en un reposo de su cantar y correr por los mundos el gran poeta Amado Nervo. Madrid, que fue en su vida posada y estímulo, le dedica este recuerdo en homenaje a su gloria».

Recién llegado a Madrid, Amado Nervo expresó su deseo de conseguir un departamento que mirara hacia el parque de El Retiro. Acabó con una mejor vista cuando rentó el departamento ubicado en Bailén 15, segundo izquierda. Él mismo lo relata en un texto titulado *Los balcones*.

Frente por frente del balcón, entre el Palacio Real y la montaña del Príncipe Pío, donde Murat fusiló ha más de un siglo a tantos infelices, trágicamente eternizados en el célebre cuadro de Goya, se extiende hasta las primeras derivaciones del Guadarrama el campo ondulante, amarillento, bien arbolado, con depresiones mullidas y risueñas que, al pie del alcázar, es un parque delicioso, llamado el Campo del Moro; que un poco más allá forma la vasta y apacible Casa de Campo; que después, con menos verdor y más amarillices, constituye los montes del Pardo.

Describe el panorama como «fondo obligado de muchos cuadros de Velázquez y de Goya». Y esto había de ser un lugar común entre los visitantes. Miguel de Unamuno también se dejó seducir por ese balcón:

La espléndida vista de la Casa de Campo, que es todo un fondo de un cuadro de Velázquez. La austera solemnidad del paisaje castellano, hecho más de cielo que de tierra, el fuerte reposo de las encinas que se pierden en la raya de la última lontananza.

Otro de sus amigos, el literato Federico Carlos Sainz de Robles, habló de «aquellos balcones de su piso en la calle de Bailén y desde los que se contemplaban los paisajes y los crepúsculos más avivadores de la inquietud y de la gracia espiritual», agregando que:

Desde sus balcones, Nervo contempló cien veces el relevo sonoro de la Guardia del Real Palacio; las salidas y entradas de las carrozas reales para llevar y traer a los embajadores entre marchas trompeteras y aireados gallardetes sobre corceles gualdrapedos y lustrosos; los pintorescos y alborotadores regresos dominicales, desde los merenderos alapados a las orillas del Manzanares.

Tomemos en cuenta que frente al balcón no se hallaban los jardines de Sabatini, sino las Reales Caballerizas, que fueron demolidas en los años treinta.

Cuando llegó al edificio, tenía un vecino en el piso de arriba que había publicado un libro quizás con más lectores que los de Amado Nervo. Se trataba del teniente coronel Alfredo Melgar Mata, que había publicado *Organización militar de España y algunas potencias extranjeras* y ya corría con varias ediciones.

Se sabe que hoy día, un segundo secretario de la embajada de México no podría costearse la renta de ese departamento de 178 metros cuadrados en Bailén.

Nervo escribió otro texto acerca de los balcones, en el que retrata una escena madrileña. Aquí las primeras líneas:

Por la noche, en el verano, a partir de las doce pueden regarse los tiestos.

Se supone que a las doce —y se supone mal— nadie pasará ya bajo los balcones enmacetados de Madrid; pero sí pasa, y ex abrupto un riego helado cae sobre su cabeza, ni tiene derecho a quejarse, ni vale la pena, porque el agua, aun así, es bienvenida en pleno agosto.



Calle Bailén y las caballerizas reales. Museo de Historia de Madrid.

El riego de macetas se había reglamentado luego de muchas peticiones en la prensa. Un iracundo periodista madrileño escribió:

Otra falta mayor advertimos en las horas intempestivas de regar los tiestos, estropeando la ropa del prójimo unas veces por descuido y otras por mala intención. Hoy mismo a las nueve y media de la mañana una mozuela de la calle de la Montera ha echado a perder algunos sombreros llenando los tiestos hasta hacer que cayesen sobre los que cruzaban la acera sendos caños de agua con tierra. Unos agentes de seguridad que han oído refunfuñar a los bautizados, se han contentado con reprender a la casquivana muchacha, que de seguro no repetiría sus aspergis si se le hubiese impuesto una multa u obligado a pagar las prendas que estropeaba.

Para vigilar en la noche el riego de macetas y otras cosas más importantes, estaban los llamados serenos de comercio o de vecindario, que

eran propuestos y pagados por los vecinos. El reglamento decía: «Usarán como distintivos un chuzo, un farol o linterna de mano, un pito, una cha-
pa en la gorra con su escudo y número, y un letrero en ella que diga
"Serenos de comercio"». En aquellos distritos o demarcaciones en que por
su condición se estime conveniente, podrán los serenos solicitar el uso
de armas para mantener su autoridad.

Además de sus funciones para resguardar el orden, los vecinos po-
dían solicitarles que consiguieran un médico o un boticario o un cura
para administrar la extremaunción.

En su reseña sobre Amado Nervo, José Simón Díaz escribe: «Tuvo im-
portancia suma el hallazgo de una vivienda capaz de satisfacer a la vez
su afición a la naturaleza y el secreto de su doble vida». ¿Doble vida? Ya
hablaremos de eso, cuando nos ocupemos de su doble muerte.

Su balcón de Bailén era casi como un palco real. Desde ahí observaba
desfiles, cambios de guardia, el arribo de jefes de Estado y visitas de la
realeza y nobleza. Un ejemplo:

Muy frecuentemente, en uno de los coches de la casa de Alba, ve-
nía del Palacio de Liria, al Palacio Real, una anciana enlutada. Aún
conserva algunos vestigios de la antigua resplandeciente y sobe-
rana hermosura, que pintó Winterhalter.

Esta anciana es llamada todavía la Emperatriz, y reinó sobre el
pueblo más admirable, más inteligente y entonces más poderoso
de Europa.

Esta anciana es Eugenia de Montijo, condesa de Teba, viuda de
Napoleón III, nacida en Granada en 1826, hace noventa años...

Su reinado está de tal modo unido en la historia con la famosa
expedición de México y la fundación allá de aquel deleznable im-
perio de Maximiliano de Austria, que es imposible para un mexi-
cano ver a esta emperatriz y no pensar en la otra, en la pobre em-
peratriz Carlota.

¿Cómo no recordar la mención que Carlota hace de ella en Noticias del
Imperio de Fernando del Paso?

Qué alegría saber que su padre, Napoleón el Pequeño, murió en el
exilio con los bigotes escurridos y la vejiga llena de piedras, y que

murieron también todas sus amantes; la Gordon, la Castiglione, Miss Howard, la Belle Sabotière, y que su mujer la Emperatriz Eugenia murió vieja y fea y casi ciega y con las crinolinas arrugadas.

Y es que la emperatriz Carlota se sentía traicionada y suponía que la emperatriz Eugenia la había envenenado. Además, corría una tesis entre algunos historiadores: «atribuir la intervención de Napoleón III en México al simple deseo de contentar un capricho de Eugenia que, como princesa española, todavía contemplaba nuestra independencia con ojeriza».

O sea, que por ese balcón de Bailén también se miraba la historia y la literatura.

► | **Legación de México en España** Calle del Españolito, 19

Que se llamara «legación» y no «embajada» era una cuestión de rangos, autoridades y costumbres. Estaba presidida por un ministro plenipotenciario que, pese al adjetivo grandilocuente, tenía menor rango que un embajador. En este caso se trataba del ministro Juan Antonio Béistegui Arróspide, del que hablaremos después.

La legación estaba ubicada en la calle del Españolito 19, bajo derecha. Entre los vecinos del edificio se encontraba Pablo Cáceres y de la Torre, ingeniero de caminos, a quien la reina regente María Cristina de Habsburgo-Lorena había concedido la baronía de Yecla, y al que unos anarquistas ejecutarían en 1936; y puerta con puerta, en el número 20, vivía el doctor Jerónimo Durán de Cottes, con el título de Médico Mayor de Su Majestad. Este médico era célebre por su ciencia y valentía. En la batalla de Hato de Jicarita en 1896 había recibido un balazo en la rodilla derecha. Se aplicó un torniquete y, recostado en una camilla y sostenido por un soldado, siguió atendiendo a los heridos.

Apenas a los quince días del arribo de Amado Nervo, llegó la fecha de la fiesta nacional mexicana. Se dio cuenta de que debían cambiar las fórmulas en España, pues la costumbre en México era gritar vivas y muertas. No sería correcto que en Madrid, de la mano del «¡Viva México!», se clamara también «¡Mueran los gachupines!».

Con motivo de las fiestas patrias, pero tres años después, Amado Nervo estuvo a punto de perder su empleo. Causó gran enojo al ministro de exteriores mexicano e incluso al presidente Porfirio Díaz cuando, sin consideración a las formas diplomáticas, se le ocurrió publicar en 1908 en *El Imparcial* de Madrid una carta en la que invitaba al rey Alfonso XIII a visitar México y participar en las fiestas del centenario de la Independencia.

El ministro Ignacio Mariscal se dirigió a Béistegui: «Prevéngalo usted que no vuelva a hacer publicación de ninguna especie sin la licencia de su jefe inmediato y sin la de su gobierno cuando el asunto tenga significación política». Amado Nervo aceptó el regaño de mala gana y dijo que los funcionarios de su país eran «unos animales jerárquicos».

A poca distancia de ahí, en la calle de Zurbano, vivía un ilustre madrileño que llamaba la atención de Amado Nervo.

Casi todas las tardes, entre dos y tres, veo desde el balcón de mi cuarto de trabajo, que se abre frente al correo, bajar de un simón a un viejecito cubierto por un enorme gabán, que espera modestamente su turno para certificar algún o algunos paquetes postales, y que saluda afablemente al salir a los raros transeúntes que lo conocen.

Ese viejecito se llama don José Echegaray.

No es posible confundir entre mil, una vez que se ha visto, su cabeza toda hecha de picos: el pico del cráneo, el de la pera, los dos del bigote, el de la aventajada nariz... A lo que parece hace hartos tiempo que viene a diario al correo. Mi portero, que lo ve todo y lo sabe todo, le ha visto numerosas veces bajar del simón, a la hora de la siesta y certificar pliegos.

«Escribe mucho para el extranjero», me dice mi portero.

Cuando don José Echegaray fue ministro de Hacienda, ya mi portero no volvió a verle venir al correo.

Ahora que ha dejado de ser ministro de Hacienda, mi portero y yo lo vemos venir de nuevo al correo.

► **Ateneo de Madrid**
Calle del Prado, 21

Amado Nervo ya se había presentado en Madrid como secretario de la legación. En febrero de 1906 le llegó la primera ocasión para presentarse como poeta. Un periódico reportó que:

... nosotros sinceramente declaramos apenas si teníamos noticia de las maravillosas composiciones, que de nuevo escuchamos complacidos. Nuestro desconocimiento de la labor de este poeta y la índole de sus poesías no nos permiten hacer una crónica ligera para dar cuenta del éxito ya previsto por el nutrido número de intelectuales que de antiguo hacen justicia a su obra... este gran poeta que de ningún modo puede ser confundido en la turbamulta de rimadores sin arte ni poesía.

La puerta estaba abierta. Antes de su siguiente lectura en el Ateneo, el joven Julio Camba publicó un texto irónico en el que le vaticinaba el fracaso, quizás pensando en la fábula de Iriarte de «El oso, la mona y el cerdo», que termina así:

Guarde para su regalo
esta sentencia el autor:
si el sabio no aprueba, ¡malo!
si el necio aplaude, ¡peor!

Escribe Camba:

Amado Nervo proyecta dar en el Ateneo una lectura de sus poesías. En honor del poeta, augurémosle un mal éxito. Nada menos a propósito para una lectura pública, donde forzosamente hay que levantar la voz, que estos versos íntimos, apacibles e intensos del ilustre literato mexicano. A pesar de la técnica, en la que Amado Nervo hace prodigios, los versos no gustarán: no gustarán por la misma razón porque no gustaron los hexámetros de Rubén Darío y por la misma que ha conquistado tantos aplausos para las quintillas humorísticas del señor Vega.

«La lira no se presta», suelen decir los poetas, pero hay que preguntarse hasta dónde el poeta Amado Nervo se la estaba prestando al secretario Amado Nervo de la legación. El rey habría de unirse en matrimonio con Victoria Eugenia de Battenberg el 31 de mayo de 1906. Un mes antes, el 28 de abril, Nervo, el místico, leyó en el Ateneo un zalamero epitalamio de setenta y dos versos. He aquí un fragmento:

Rey de esta madre Patria que miran como hijos
innumerables pueblos, los cuales tienen fijos
hoy en ella sus ojos oscuros, con amor;
descendiente de claros monarcas, ¡oh Señor!,
en vos miramos todos los hijos de la Grey
hispana al joven símbolo de la Raza. Sois Rey
aún, en cierto modo, de América, como antes:
Rey, mientras que el idioma divino de Cervantes
melifique los labios y cante en las canciones
de diez y ocho Repúblicas y cincuenta millones
de seres; mientras rijan las almas y la mano
el ideal austero del honor castellano.
Rey, mientras que las vírgenes de esa América mía
lleven en sus miradas el sol de Andalucía;
Rey, mientras que una boca, con celeste reclamo,
pronuncie en nuestra lengua sin par un «¡Yo te amo!»;
Rey, mientras de unos ojos o de unos labios brote
ya el llanto, ya la risa, leyendo a «don Quijote»;
Rey, mientras que no olviden, al palpar las olas,
el ritmo que mecía las naos españolas;
Rey, mientras haya un héroe que oponga el firme pecho
como un baluarte para defender el derecho;
Rey, como cuando el manto de torres y leones,
cobijaba dos mundos como dos corazones;
Rey, en fin, en las vastas mitades del planeta,
mientras haya un hidalgo y un santo y un poeta.

No sonó bien el epitalamio en los oídos republicanos. Sonó muy mal en México y el resto de Latinoamérica; sobre todo eso de «Sois Rey aún, en cierto modo, de América, como antes», cuando buena parte de nuestros



Ateneo de Madrid. Museo de Historia de Madrid.

países estaban por celebrar sus centenarios de independencia. En México se publicó una crítica cuyo contenido se puede intuir por el título: «Poeta malo y diplomático peor». El propio Amado Nervo diría años después:

No, no soy enemigo de los reyes: más aún, los hay que me son profundamente simpáticos, por ejemplo, el rey de España, a quien le escribí, hace ahora nueve años, un epitalamio que anda por ahí y que él conoce mucho: rey por todos conceptos interesante y estimable, de alma viril, animosa, resuelta. Y me simpatiza también —aunque claro que mucho menos— el inteligente Víctor Manuel y el «abnegado» Alberto I.

Muy pronto, después de esa lectura, doña Emilia Pardo Bazán habría de ocupar la regencia literaria del Ateneo. Fue elegida el 15 de junio de 1906.

En el Ateneo se verificó ayer la elección de las mesas de las secciones que han de actuar en el curso de 1906 a 1907.

Estas elecciones ofrecieron una nota simpática, que será vista con agrado por los amantes de las letras: la elección de la señora Pardo Bazán para la presidencia de la sección de Literatura.

Presentada la candidatura por los señores Canalejas, Dato, marqués de la Vega de Armijo, Sanmartín, Gabriel Maura y marqués de Figueroa, fue aceptada sin lucha, poniéndose así término a la intransigencia.

El hecho refleja un indudable progreso en nuestras costumbres, y merece ser recibido con simpatía y aplauso.

La nueva regenta propuso una fórmula para las veladas literarias de la que nos habla Amado Nervo:

Doña Emilia Pardo Bazán, elegida el año último presidenta de la Sección literaria del Ateneo de Madrid, como todos sabéis, ha procurado imprimir algún movimiento a esta Sección, y entre las novedades que ha inaugurado, se cuentan las llamadas conferencias autocríticas. En éstas, el autor invitado a hablar refiere su vida literaria, el por qué de sus orientaciones, sus lecturas preferentes, sus fuentes mejores de inspiración; nos dice cómo escribe, qué medios le son más propicios, qué concepto tiene formado de su propia obra, etc.

Cuando la señora Pardo Bazán pensó en organizar estas conferencias, nos decía frecuentemente en el Ateneo las esperanzas que alimentaba de que fuesen interesantes, curiosas y originales. «¡Qué mejor que cada uno de nosotros pueda decir lo que es, lo que sabe, lo que piensa!», exclamaba.

«Cierto», respondí yo; «pero todo el interés de una conversación de este género está en que el conversador sea sincero. Si no lo es, se tratará de un discurso más, tan vano como todos los discursos».



Emilia Pardo Bazán. Archivo ABC.

En un informe para el ministerio de Instrucción Pública, Amado Nervo escribió:

A las veladas líricas del Ateneo... acuden innumerables oyentes, mujeres sobre todo; sí, mujeres que con heroísmo edificante soportan los más soporíferos discursos, alentadas por la ilusión de oír al cabo de ellos los versos de algún poeta predilecto. Ni la incomodidad, ni el calor, ni la distancia, las amilanan... y no ha bastado a alejarlas de esas fiestas líricas ni la pésima organización de los programas de casi todas las solemnidades literarias, que no parece sino que están hechos para inspirar el horror de la poesía.

Y podemos leer en una carta de Amado Nervo a Rubén Darío fechada el 15 de enero de 1907:

Muy querido Rubén:

Anoche di en el Ateneo una lectura de Gutiérrez Nájera, seguida de algo de mi próximo libro *En voz baja*.

Naturalmente fue indispensable citarlo a usted dos o tres veces.

El Duque Job no gustó: Lo aplaudieron gracias a mi manera de leerlo, en la que puse todos mis esfuerzos mejores. Salió, pues, airoso y con decoro... Pero yo mismo desconfiaba, yo mismo lo hallaba un poco viejo. Doña Emilia presidió y con ella hablé también de usted. Difícil es doña Emilia, ¿eh? Siento que no la conquisto. Ahora toma muy a pecho el Ateneo.

Va todas las tardes de tertulia. Y habla enormemente. Candamo se cala su monoclo y ¡la oye, la oye... la oye! Después suspira aliviado. Yo le decía la otra noche: Pero después de tantas ideas que van y vienen, cuáles se quedan para los libros, para los cuentos, críticas, artículos que escribe esta Señora... ¡Admirable!

«El Duque Job» era seudónimo de Gutiérrez Nájera. Nervo lo presentó al público madrileño y tal parece que no les gustó. Y era cierto que Nervo tenía buena voz para la poesía, si bien a más de un español le pareció que hablaba lentamente. Tal como sin duda a Nervo le habría parecido que los españoles hablaban a galope.

¿Qué leyó Nervo esa noche? No lo sabemos de cierto, pero lo podemos intuir, pues su libro *En voz baja* tiene versos siempre invitados a cualquier velada. Por ejemplo, «Vieja llave», que termina así:

Me recuerdas mi morada,
me retratas mi solar;
mas si hoy, abandonada,
ya no cierras ni abres nada,
pobre llave desdentada,
¿para qué te he de guardar?

Sin duda leyó su poema a la madre muerta. Esto bien lo sugiere Miguel de Unamuno:

Algunas de sus poesías las ha leído en público, en voz alta, en el Ateneo de Madrid. Afortunadamente, no se las oí allí; pero más afortunadamente aún, se las he oído leer en voz baja, a mí, a mí solo, en su cuarto de trabajo de Madrid, frente a la Casa de Campo, contemplando los dos el fondo austero de los encinares, como fondo de un cuadro de Velázquez bajo el arrebol muriente del ocaso.

Otra vez la vista desde el balcón de la calle Bailén; otra vez la presencia de la muerte.

«En voz baja», continúa Unamuno, «temblando de emoción y de recuerdo, me leyó Amado Nervo, allí, en su recogida celda, esta hermosísima elegía a su madre, y en voz baja; temblando de emoción y de recuerdo, volví yo, inmediatamente, a leérsela a él. Esto fue allá en noviembre pasado, a los tres meses de haber perdido yo a mi madre».

El poema lleva por título «¡Muerta!». Así comienza:

En vano entre la sombra mis brazos, siempre abiertos,
asir quieren su imagen con ilusorio afán.
¡Qué noche tan callada, qué limbos tan inciertos!
¡Oh Padre de los vivos, a dónde van los muertos,
a dónde van los muertos, Señor, a dónde van!

En la voz de Amado Nervo. En la voz de Unamuno. Sin duda mejor en la de Nervo.

A estos dos amigos los unía la literatura y la muerte; también una coincidencia de la vida y la geografía. «Porque en Tepic, en la ciudad natal de Amado Nervo», escribe Unamuno, «había pasado sus años de trabajo y de juventud mi padre, que, como tantos otros vascos, había salido, siendo un mozo, de Vergara, su pueblo nativo, para hacer su América y tornar luego a crear familia en su tierra natal».

Unamuno habla del mismo Vergara donde se dio el abrazo de Vergara y uno de los abrazados se ganó el título de Príncipe de Vergara.

La boda y el cortejo real

Para la boda real no fue requerido como representante oficial el jefe de la legación, José Antonio Béistegui, pese a la relación afectuosa que tenía con el rey. El gobierno de México eligió para el evento un personaje de mayor esplendor personal e intelectual: Francisco A. de Icaza, que entonces era el ministro de México en Berlín. De cualquier modo, a Béistegui se le dio un lugar en la «tribuna de diplomáticos», donde su mujer «se presenta como una aparición de ensueño. Sobre el raso blanco de su traje flota una gasa de oro; en su gentil cabeza lucen los brillantes de alta diadema y a su garganta se anudan muchos hilos de perlas».

Amado Nervo había escrito para el rey ese payo poema nupcial que lleva por género epitalamio, o sea, al pie del tálamo. Además se declaró que el rey le simpatizaba, y escribió algunos artículos sobre el antes, la bomba y el después.

Por esos días se rentaban en quinientas pesetas los balcones bajo los que avanzaría el cortejo nupcial. Amado Nervo tenía el suyo para ver salir a la pareja, cruzar la plaza de Oriente y dirigirse por Arenal, Puerta del Sol y Carrera de San Jerónimo. Luego de unas horas, los vería entrar ya convertidos en marido y mujer.

Entre los textos previos a la boda, Nervo comentó el cambio que se haría a las corridas de toros, protegiendo a los caballos con peto, «para evitar a la futura reina de España y a los caballeros ingleses que vengán a Madrid el espectáculo de los caballos heridos, despanzurrados, que corren por la plaza pisándose los intestinos». Cita una carta del torero Mazzantini en la que pedía «con carácter de reglamentario, la costumbre de que los caballos destinados a la suerte de varas usen petos-gualdrapas de cuero, ya ideados por mí y empleados con gran éxito en las corridas que organicé en Roubaix». Mazzantini decía que eso haría desaparecer lo único repugnante en las corridas que, por lo demás, es el espectáculo «más viril y hermoso del mundo».

El regreso del cortejo estaba marcado por las calles de Alarcón, Lealtad, Alfonso XII, puerta y calle de Alcalá, calle Mayor, Bailén y plaza de Armas.



Cortejo Real. En Blanco y negro, n° 787 02/06/1906, p. 19. Biblioteca Regional de Madrid.

Sabemos lo que ocurrió en el 88, hoy 84, de la calle Mayor. Amado Nervo no vio la solemne procesión llegar al Palacio Real, sino un corredero y gritadero de gente, caballos a galope y una carroza nupcial con mucha prisa por llegar al pie del tálamo.

Pasados los días Nervo cuenta, ya atrapado y muerto el anarquista que había atentado contra los reyes, varios jóvenes habían salido de prisión «después de un susto de padre y señor mío», pues el propietario de la casa desde donde se lanzó la bomba había dado una descripción vaga del sospechoso. «Piel morena, bigote castaño, ojos azules, peinado hacia atrás, veintiséis a veintiocho años». Y fueron bastantes los que se ajustaban a esta descripción y sufrieron palos, intentos de linchamiento y prisión. Uno de ellos, cuando se vio rodeado por una multitud justiciera, gritó: «¡Soy ladrón, pero no anarquista!».

Acerca de ese mismo día escribe Nervo el texto «Dos instantáneas del atentado – Una inglesa impasible». Nos habla de una mujer que vino de Inglaterra a ver los festejos por la boda real. Trajo su cámara y



Atentado contra el Cortejo Real. Eugenio Mesonero Romanos. En *Blanco y negro*, nº 787 02/06/1906, p. 20. Biblioteca Regional de Madrid.

halló un sitio «justamente en la tribuna que quedaba enfrente del número 88».

En cuanto ella vio que la carroza se detenía, tomó su instantánea, precisamente cuando estallaba la bomba... El fogonazo se imprimió en la placa antes de que el estampido impresionase a la multitud que en la admirable fotografía aparece exactamente en la fracción de instante que precedió al pánico, a la desbandada, a la tragedia general. La carroza envuelta en humo, pero ni el caballo reventado cae todavía, ni se desploman los soldados heridos. Ni el público se mueve.

La inglesa, al mismo tiempo que sacaba su instantánea, advertía la catástrofe. Un segundo después, el sitio aquel era un pandemónium. Las gentes huían gritando, la sangre lo salpicaba todo, en el arroyo yacían seres informes, carbonizados, despanzurrados, desmenuzados...

¿Qué hizo entonces la inglesa? Pues, impasible (inglesa había de ser), aguardó a que se disipara el humo, previno otra placa, y en cuanto se pudo ver algo sacó otra instantánea. En esta aparece ya todo el horror de la escena. Un individuo recoge de la acera los restos de una niña; en el toldo de un balcón, bajo el sitio donde murió la marquesa de Tolosa, se ve una enorme mancha de sangre... En fin, todo lo que ustedes saben.

Luego de unos días, la mujer reveló las fotos y las imprimió y buscó quién se las comprara. Las vendió por tres mil pesetas a una casa de equipos fotográficos. Ahí ampliaron las fotos y el propietario se puso a venderlas por cien pesetas. «Y no se da abasto porque todo el mundo que puede, especialmente los embajadores y ministros extranjeros, quieren una como recuerdo».

Y he aquí cómo ese horrible crimen, que ha costado tantas angustias, tanta sangre, tantas lágrimas, aprovecha a dos gentes: a una inglesa, a quien su impasibilidad le ha valido tres mil pesetas y a un fotógrafo, decidido a sacar de dos placas todo el partido posible.

Esa tarde se celebró la corrida de toros sin la presencia real. El público gritó «¡Bombita! ¡Bombita!», pero nada que ver con el atentado, sino que el triunfador de la tarde había sido el torero Ricardo Torres «Bombita».

El rey y la reina estaban casados, se habían dado el «sí» en el altar, pero el verdadero tratado matrimonial se había firmado una semana antes en Londres, entre funcionarios, mediante el cual Alfonso XIII se comprometía a entregar 450 mil pesetas anuales a la que sería reina; bajando la cantidad a 250 mil en caso de dejarla viuda.

Al día siguiente de la boda, del bombazo y de los muertos, se celebró el banquete en Palacio, con buñuelos de Estrasburgo, solomillo a la Richelieu, jamones de Praga, pollos de Bayona, ensalada parisiense y nada español. Cuentan que desde el día anterior la reina actuó fría e impasible (inglesa había de ser), como si nada hubiese ocurrido salvo que se le manchó de sangre el vestido. Habría que ver si no hay un sentido furtivo en el artículo de Nervo sobre la fotografía.

Poco después del atentado, Nervo caminó frente al lugar de los hechos; y volvió a hacerlo al día siguiente.

Ayer, al pasar frente al número 88 de la calle Mayor, he visto, fijado al barandal del balcón principal, un gran letrero que dice: «Se alquila».

Noté, además, que el piso se arregla, se limpia, se dispone. ¿Habrà quien se atreva a tomarlo?

En ese balcón murió la bella Marquesa de Tolosa. La sangre de las víctimas del atentado era tan abundante, que en la mañana del primero de junio, cuando llevado por la curiosidad me detenía yo frente a la casa, entre una agitada multitud que desde la tarde anterior se moría y oprimía en el arroyo, pude ver algo que no olvidaré jamás. Una fámula lavaba el balcón, y el agua, completamente roja, como una llovizna de sangre, caía en abundancia sobre las aceras, salpicando a los transeúntes.

Momentos después, el rey y la reina, en automóvil, pasaban por ahí entre las delirantes aclamaciones de la multitud.

No sé por que esta lluvia de sangre del día siguiente me impresionó más aún que la escena de la víspera, que pude contemplar después del atentado.

► | **La Bombilla** Paseo de la Senda del Rey

Luego de la bomba y de Bombita, hablemos de la Bombilla.

En sus recuerdos de Amado Nervo, su amigo cercano Bernardo G. de Candamo escribió:

Nosotros recordamos a Amado Nervo en las tardes de nuestros paseos alrededor de Madrid, paseos entreverados de descansos con merenderos y colmados. Amado Nervo se extasiaba en la Bombilla, entre el estridor de los organillos, comentando el crepúsculo, que avaloraba la belleza de los fondos velazqueños y goyescos.

Y en alguna de esas tardes inolvidables, Amado Nervo, con su voz cálida e insinuante, nos recitaba sus versos. Y si Kempis nos había entristecido, nos consolaron los besos de la boca divina de Balduina. También nosotros, como Nervo, éramos «íntimamente del gusto de Balduina».



90 MADRID.—La Bombilla.

La Bombilla. José Lacoste. Museo de Historia de Madrid.

Candamo se refiere a un poema que termina así:

Yo fui juez, y anhelando ser un juez halagüeño,
dije: —Tú, Clara, eres la reina del Ensueño:
irás al son de flautas y pájaros que troven
al país de Mozart y el marmóreo Beethoven.
Tú, Adela, en tanto que tu existencia se enhebre,
hallarás en la danza la gloria de la fiebre.
Tus ilusiones, fuga vivaz de mariposas,
pasarán por la vida como sobre las rosas.
Balduina, que prefieres los besos a las artes,
en cuanto a ti, elegiste la mejor de las partes.
En premio de mi fallo, Clara diome su alada
pasión; Adela, el vértigo de su ronda sagrada,
y Balduina, los besos de su boca divina.
Yo era, íntimamente, del gusto de Balduina.

Nervo hizo mención de estos paseos, otra vez, como observador desde su balcón. Desde ahí ve a los «simpáticos juerguistas de ambos sexos que pasan por la calle de Bailén, de regreso de la Bombilla, y refrescan en la taberna».

Ciertamente la Bombilla era parte del recreo de los madrileños, al que se sumaban los escritores. Ahí se había realizado una comida cuando se fundó el periódico *La República de las Letras* y en ese evento se habían conocido Pérez Galdós y Pérez de Ayala. También por ahí podía verse a Blasco Ibáñez, Valle-Inclán, Azorín y... todos.

En *La colmena*, de Camilo José Cela, podemos leer: «Era un bailón de los merenderos de la Bombilla, la llevó un día al Monte del Pardo y después la dejó».

El tranvía 8 iba a la Bombilla desde las siete de la mañana hasta la una de la madrugada. No se daba abasto y era común que los fines de semana buena parte del pasaje viajara de mosca.

La Bombilla no era lo que hoy se llama el parque de la Bombilla. Era un sitio lleno de vida que se alargaba por la carretera del Pardo hasta el puente de los Franceses, con merenderos, cafés, vino, música y baile.

Manuel Carretero hace en 1903 una buena crónica del jaleo en este lugar:

El sitio de expansión es delicioso; sus viveros, sus merenderos, su bailoteo... Para los que viven en Madrid, es lugar preferido. ¿Por qué? Una tarde el mismo don E.Z. se ofreció a complacerme. «Iremos a la Bombilla y se divertirá usted. ¡Quién lo duda! Y bajamos por la cuesta de San Vicente, la estación del Norte y la Florida hasta el paseo donde termina el tranvía eléctrico. Recorremos el trayecto a pie, metidos por sendas descuidadas y caminos envueltos en una nube de polvo que, por la carretera sin regar, levanta el paso de los carruajes, prueba del descuido de nuestras autoridades.

Llegamos a la estación del tranvía al mismo tiempo que dos atestados coches desocupan su carga, casi exclusivamente de mujeres, de menegildas y modistas. Todas chillan y ríen, frenéticas, como locas. Se dividen en grupos; ellas, de dos en dos, enlazan sus brazos; los mozos, rapagones ordinarios, sin pizca de gracia, se unen a sus parejas; juntos corren, saltan y comienzan a diver-

tirse, desapareciendo por las alamedas de saucales y olmos de la Moncloa.

A la derecha de la carretera, algunos pacíficos matrimonios sentados entre los cardos, zarzales, retamas ya secas y pedruscos devoran su raquítica merienda. También se divierten. Y allí, a los pocos pasos, se oyen las músicas de los organillos.

Estamos en los populares Viveros. A la derecha uno, el más inmediato es el más elegante, el de fama, en su puerta aguardan siempre varios coches de lujo y algunos simones. Se leen dos letreros a la entrada del local: uno guía a los jardines, otro a los comedores; en los primeros no hay nunca nadie, los comedores están a todas horas llenos.

En frente de este vivero-restaurant, viven otros de menor categoría. El Quo Vadis, El Verde, La California. Sus bailes madrileños son del chulo más castizo: nariz pegada con la frente de la hembra, el brazo izquierdo que dé sus dos vueltas, si es posible, a la cintura y el derecho tirado sobre el hombro de la misma pobre mujer.

Al que no baile así, de esta académica manera, lo expulsan y se pitorrean de su facha.

La parroquia, reunida en estos centros, se despilfarra sus ahorros; toma, de vez en cuando, un traguito y na más, y hay punto que ¡eso sí! le saca jugo a la copa en el baile desde que se desayuna hasta que se acuesta, y muchas veces lo paga todo la cocinera o la dama rumbosa que cae en suerte. De las chicas de servicio, en estos centros, pueden dar más informes que en las casas donde nacieron.

Pasado el puente, y siguiendo la carretera, se encuentran otros merenderos amplios y no más dispuestos, con plantas, alameda y poca luz.

Puede usted comer al aire libre y bailarse chotis, mazurcas, en los entreactos. Estos establecimientos disponen de un gran salón propio para las juergas de las bodas y bautizos, donde podéis ver cualquier día doscientas personas de nuestra modesta clase popular, haciendo atrocidades y curdas perdidas. Uno inventa gracias, otro baila el tango, canta, y ellas ríen, ríen siempre con irritante candor, divirtiéndose la mar en un día tan memorable... y cuando menos se espera, en el momento más solemne no se encuentra al

padrino ni a otros convidados; fueron al río y borrachos como cubas, se zambulleron hasta medio ahogarse en las podridas aguas del Manzanares.

Para darnos una idea, enlisto aquí los negocios que aparecen en la guía de Madrid en 1910 ubicados en la carretera del Pardo, entre San Antonio de la Florida y el puente de los Franceses:

1. Abad Riesco, viuda de Gregorio – merendero de Cantarranas.
2. Álamo, viuda de Mariano del – comestibles, vinos y comidas.
3. Barona, Cecilio – comidas y vinos.
4. Cifré, Juan – merendero la Playa.
5. Cuenca y Compañía, Natalio – restaurant de la Huerta.
6. Díaz, Federico – restaurant de los Cipreses.
7. García y López – café restaurant Niza y vinos.
8. García, Domingo – kiosco de vinos y refrescos.
9. Garín, Genoveva – kiosco de cervezas y refrescos.
10. Gonzáles, León – restaurant de Los Viveros.
11. González y Compañía, León – restaurant Campo del Recreo.
12. Guillén, Santiago – vinos y comidas, merendero de la Parra.
13. Huertas, hijos de Juan M. – restaurant La Bombilla.
14. Jimenes, Pedro – vinos y kiosco de refrescos.
15. Jiménez, Odón – vinos y comidas, merendero El Faro.
16. Jiménez, Paula – Recreo del Norte, vinos y comidas.
17. Lastras, Daniel – merendero.
18. López, Juan – restaurant Gran Colonia de la Florida.
19. Negrillo, Francisco – restaurant El Recreo Madrileño.
20. Olias, Agapito – comestibles, vinos, comidas y establo.
21. Olias, José – casa de comidas.
22. Ortigosa, Ignacio – vinos y comidas.
23. Sáinz de Baranda, Rafael – comestibles y vinos.

Hoy la Bombilla sirve para pasear al perro.



Ministerio de Estado. José Lacoste. Museo de Historia de Madrid.

► **Ministerio de Estado**
Plaza de la Provincia, 1

Por razones poco poéticas, Amado Nervo solía visitar el edificio del Ministerio de Estado, que hoy se titula Ministerio de Asuntos Exteriores, Unión Europea y Cooperación. Las oficinas centrales estuvieron muchos años en el Palacio Real, pero ya a inicios de 1901 se habían mudado al palacio de Santa Cruz, que originalmente había servido como prisión, la llamada cárcel de Villa. Se le consideraba la prisión más bella del mundo. El más famoso de sus huéspedes fue Lope de Vega.

Yo sueño que estoy aquí
De estas prisiones cargado
Y soñé que en estado más lisonjero me vi.

No, no, no, que eso es Calderón de la Barca.

Muy bien, entonces:

¡Oh libertad, gran tesoro,
Porque no hay buena prisión,
Aunque fuese en grillos de oro!

Eso sí. Aun en la cárcel, uno debía pagar su manutención, con dinero o trabajo. El artículo 143 de prisiones decía:

Los penados que se mantengan por su cuenta y puedan hacer efectiva la responsabilidad civil, no estarán sujetos a trabajo forzado, y conforme al párrafo segundo del artículo 106 del Código penal, sin salir del establecimiento, podrán ocuparse en su propio beneficio.

Amado Nervo nunca estuvo en prisión. No la de muros y barrotes y pan y agua. Pero meditaba sobre la libertad. «Sabemos, en cambio, de orugas que, si se fabrican una prisión, es justamente para tener alas».

Luego del incendio del 4 de agosto de 1791, el edificio de la cárcel se reformó para convertirlo en el Palacio de la Audiencia. Más tarde fue el Ministerio de Ultramar, un organismo que para 1899 administraba sueños guajiros, y entonces dejó el edificio para el Ministerio de Estado. En el salón de recibir, se colocó una reproducción de «*Arrivo degli ambasciatori inglesi alla corte del re di Bretagna*», de Carpaccio.

En el periodo de Amado Nervo como secretario de la legación mexicana, pasó un rosario de ministros de Estado por las oficinas de la plaza de Provincia, la mayoría con nombres glamorosos.

1905: don Ventura García Sancho e Ibarrondo, nacido en México.

1906: don Juan Manuel Sánchez y Gutiérrez de Castro, duque de Almodóvar del Río. Su padre fundó las bodegas que hacen el deleitable Cardenal Cisneros.

1907-1909: don Manuel Allendesalazar y Muñoz de Salazar.

1910: don Juan Pérez Caballero Covarrubias.

1911-1912: don Manuel García Prieto, marqués de Alhucemas.

1913: don Juan Navarro-Reverter. Fue académico de número de la RAE.

1914-1915: don Salvador Bermúdez de Castro y O'Lawlor, marqués de Lerma y duque de Ripalda, también académico de la RAE.

1916: don Miguel Villanueva y Gómez.

1917: don Amalio Gimeno y Cabañas y, durante cinco meses, de nuevo don Salvador Bermúdez de Castro y O'Lawlor.

1918: don Manuel García Prieto, marqués de Alhucemas.

El puesto de secretario de una embajada o legación es más estable que el de presidente o ministro o jefe de legación o embajador. Por eso Amado Nervo se mantuvo trece años en su puesto mientras veía pasar ministros y presidentes. En esos trece años, México tuvo diez jefes de Estado:

Porfirio Díaz

Francisco León de la Barra

Francisco I. Madero

Pedro Lascuráin, que estuvo 45 minutos en el puesto.

Victoriano Huerta

Francisco Carvajal, apenas 29 días.

Eulalio Gutiérrez Ortiz

Roque González Garza

Francisco Lagos Cházaro

Venustiano Carranza

► Casa del ministro Juan Antonio Béistegui

Paseo de la Castellana, 27/31

La dirección de la casa del ministro aparece en aquellos años como paseo de la Castellana 27, que hoy corresponde al palacete del conde de la Eliseda, donde se ubica el Ministerio de Juventud e Infancia, casona famosa porque ahí Primo de Rivera fundó la Falange Española.

Pero una y otra no son la misma, pues ocurre que en 1913, por la construcción de varios edificios en el paseo, hubo necesidad de hacer una nueva numeración, y aquel 27 corresponde ahora al 31.

Juan Antonio Béistegui no era ningún tinterillo. Cincuenta años antes, se había reportado que la fortuna de la familia ascendía a «siete millones de duros». Los Béistegui siempre habían vivido del lado equivocado de la historia, pero correcto del dinero, pues se habían enriquecido en México apoyando a la Corona española durante las guerras de Independencia, a Maximiliano durante la intervención francesa, y a la dictadura de Porfirio Díaz hasta la Revolución.



Juan Antonio de Beistegui. Eugène Pirou. Biblioteca Nacional de España.

La prensa del 12 de enero de 1905 anticipaba su llegada:

Uno de estos días llegará a Madrid el nuevo ministro de México en esta corte, el Sr. Béistegui, acompañado de su señora. Pertenece el nuevo diplomático a una de las más distinguidas familias mexicanas y es poseedor de cuantiosísima fortuna que le permite vivir rodeado de gran aparato y dar con frecuencia fiestas en sus salones, que reflejan la riqueza y buen gusto de sus moradores.

Actualmente están en negociaciones para tomar como residencia el palacio que fue de los duques de Denia. Los señores Béistegui cultivan, entre otros sports el de la aerostación, y traen su correspondiente globo de gas. También poseen un automóvil de más de cien caballos de fuerza.



Palacio Xifre. Jean Laurent. Museo de Historia de Madrid.

El mero hecho de especular que pudiesen residir en tal palacio, mejor conocido como el palacio del Marqués de Uceda, ya hacía pensar en un ministro plutopotenciario.

Muy pronto, el 16 de enero, los periodistas tuvieron otra información:

El nuevo ministro de México en esta corte, señor Béistegui, ha tomado en alquiler una morada tan artística como espaciosa, en la cual estuvo ya hace años instalada la legación de aquel país. Nos referimos al palacio árabe de Xifré, situado en el Paseo del Prado, esquina con Lope de Vega.

Y antes de terminar ese mes, el día 28 de enero, la prensa se ocupó de informar sobre el fallecimiento del conde de San Bernardo: «A las cinco y media de la mañana de hoy, ha fallecido el exministro conservador D. Manuel Mariátegui y Vinyals, después de una enfermedad rápida y trai-
dora».

¿Tiene que ver algo con nuestra historia? Más allá de que las familias habrán sido vecinas en algún pasado, pues la terminación «-tegui» de los apellidos así lo indica, lo que viene a cuento es que don

Manuel Mariátegui y Vinyals, conde de Santo Domingo, era entonces el propietario de un espléndido palacete entre las calles de Marqués de Riscal y Jenner, y apenas a las tres semanas de su muerte, se publicó esta nota:

El Sr. Béistegui, nuevo ministro de México en Madrid, ha tomado en arrendamiento el hotel que en la Castellana tiene la condesa viuda de San Bernardo. Esta señora, acompañada de sus hijos, se trasladará en breve a su preciosa villa de San Sebastián, y en primavera marchará a Suiza.

Los Béistegui acabaron por comprar el palacio de los condes de San Bernardo. Uno de los más bellos de Madrid, teniendo como vecinos el palacete del Marqués de Santa Cruz de Mudela y el fastuoso palacio de Indo. Hoy encontramos el edificio Pirámide en vez del palacio de los condes de San Bernardo y vemos el edificio La Unión y el Fénix donde estaba el de Indo. *Schöne Welt, wo bist du?*

La descripción del palacio de los condes de San Bernardo y sus interiores la hallamos en el libro *Los salones de Madrid*, de Monte-Cristo.

Álzase hacia la mitad del paseo de la Castellana un precioso hotel con honores de palacio, de elegantes y severas líneas arquitectónicas, rodeado de extenso y bien cuidado parque. Este hotel, cuyos umbrales han traspasado contadas personas de la sociedad aristocrática, es uno de los más bellos de la corte.

[...] el *hall* suntuoso... es una habitación encantadora; cuadrado, de grandes dimensiones, con toda la altura del hotel, recibiendo la luz cenital á través de cristales esmerilados y templando la atmósfera los bien instalados caloríferos, no falta allí un solo detalle para hacer la vida agradable. El arte y el confort se completan en aquella encantadora estancia.

Frente a la puerta de cristales del vestíbulo se levanta una soberbia chimenea de roble tallado, en cuya amplia campana se destaca, primorosamente trabajado, el heráldico blasón de los dueños de la casa. Las paredes están tapizadas de una gruesa tela de color ladrillo, semejante al fondo que habitualmente sirve en los museos para que se destaquen los cuadros. Dos grandes paisajes de

Carlos de Haes, encerrados en dorados marcos y pendientes de largos cordones, se admiran sobre los muros. Alrededor de éstos hay una notable sillería italiana con adornos de mosaico, y varios muebles de grandes dimensiones, de hermosa talla de Florencia. Grupos artísticos de mofletudos amercillos sostienen varias luces eléctricas.

Hay también en esta inmensa habitación varias pinturas notables, entre ellas un precioso cuadro de Martín Rico, y completan el decorado mesas de billar, de tresillo y de lectura, antiguos bargueños y palmeras de espléndido ramaje.

[...] el comedor, severo y suntuoso, tapizado de tela color grana y con decoración de roble; el salón de confianza, el de baile y el despacho del Conde, donde se admiran notables obras de arte.

Hay que decir que la palabra «hotel» había sido un galicismo que recién tomaba carta de naturalidad; tanto así, que el Diccionario de la Academia del año de esta crónica apenas lo incluía en el suplemento de las últimas páginas:

«Hotel». Del fr. hôtel. M. Casa aislada de las colindantes, del todo o en parte, y habitada por una sola familia.

También ese año ingresó la palabra «caray», que significaba «caramba».

Este palacio del paseo de la Castellana y la señora Béistegui eran favoritos entre los redactores de notas de la gran sociedad. Leemos en una de tantas crónicas:

La bella dueña de la casa vestía un precioso traje de raso verde, con adornos bizantinos de tisú de oro, y por joyas, collares de perlas, que caían sobre la espalda en ondas muy airoas.

Tienen todas las fiestas que se celebran en casa de los señores de Béistegui un sello de distinción y originalidad, reflejo del exquisito gusto de sus dueños.

La mesa aparecía anoche adornada con verdadero arte. Sobre espejos se destacaban magníficos centros de bronce, que parecían reproducir motivos decorativos de las fuentes de Versalles. En tor-

no extendíase elegante guirnalda de claveles rosa, formando pequeños altozanos ante los puestos de los convidados.

El nuevo comedor, de clara entonación, copia en su decorado una de las más sobrias estancias del pequeño Trianon. Airosas medias columnas rompen la uniformidad del tono gris de la pared. En una sobrepuerta de oro viejo se admira una ronda infantil. En el otro lado aparece, bajo un relieve que representa el cisne de Leda, un magnífico trinchero de mármol de estilo Luis XVI.

Para que todo sea original y de buen gusto en aquella casa, la gran lámpara del comedor no arroja la luz sobre la mesa. Esta se ilumina por cuatro candelabros de bronce cincelado; las luces de la lámpara, ocultas en reflectores, proyectan sus rayos sobre el claro techo de la estancia, y allí reflejados se difunden luego por la estancia en uniforme y suave claridad.

En las crónicas de entonces no existía la vulgaridad de mencionar el precio de las cosas, ni se ventilaba la vida íntima, si bien ya se perfilaba el gusto de los españoles por la prensa de los ricos y famosos.

Fuera del protocolo, Béistegui tenía amistad con el rey Alfonso XIII, que también era amante de los automóviles y la velocidad. El auto de Béistegui superaba a los del monarca real en velocidad y caballos de fuerza. Hacían paseos y llegaron a competir. El año de 1905, el rey «casi se mata» cuando chocó con un burro y el auto se volcó. Amado Nervo miraba con asombro esta afición. «La velocidad embriaga y extasía a este monarca, que, en suma, no es más que un adolescente». Acerca de Béistegui no dijo nada.

Las travesuras al volante había que hacerlas fuera de la ciudad. Cuando en esos inicios del siglo veinte se expidió un reglamento para los autos de motor, se dictó que:

... los automóviles podrán llevar en las calles anchas de las afueras la velocidad máxima de diez kilómetros por hora, que corresponde aproximadamente a la marcha al trote de un buen tronco de caballos; pero en las estrechas, y sobre todo en las del centro de la población, la marcha no excederá de cinco kilómetros por hora». Existía la macabra obligación de hacer sonar la bocina en cada cruce. Cuando el peso del automóvil excediera los 250 kilos, era obligatorio un mecanismo que permitiera la marcha hacia atrás. Y un

artículo muy de la época: «Siempre que los conductores observen que se produce espanto en las caballerías, ya sea por la vista del automóvil o por el ruido que producen, están obligados a detenerse.

Después de llamarle adolescente al rey, pasa Nervo a ser más comprensivo:

No debemos reprochárselo, sobre todo si se tiene en cuenta que hay cincuentones en Madrid que pasean su cabeza blanca por las carreteras de España a razón de cincuenta o sesenta kilómetros por hora, y si consideramos, además que hasta ahora el Rey no ha atropellado a nadie, no imitando en esto a los automovilistas más distinguidos de la corte, cada uno de los cuales ha despanzurrado o mutilado por lo menos a un palurdo.

No exageraba Nervo. Una nota de prensa de 1905 mencionaba que, como «plato diurno se ofrecía el atropello de un hombre convertido en tortilla a la francesa por un gentil automóvil». Un madrileño decía: «Veo avanzar un automóvil por esas calles de Dios arrollándolo todo, echando chispas, dejando en pos de sí estela pestilente de gasolina y poniendo a los transeúntes los pelos de punta».

Según la opinión de muchos, el rey devaluaba su majestad por ser él mismo quien conducía su vehículo, como un vil cochero.

A Nervo le gustaba la palabra «despanzurrado», ya fuera para caballos en las corridas, víctimas de atentados o atropellados por autos.

Más adelante, Nervo habla del automóvil del ministro de México:

El automóvil más poderoso de Madrid y del Reino entero es el del señor Béistegui, de cien caballos, y que puede desarrollar una velocidad de 144 kilómetros por hora. Pero jamás hace uso de tal velocidad en España, limitándose, porque así lo requieren las condiciones del camino, a la muy apreciable, pero relativamente modesta, de sesenta a setenta.

Béistegui habría de renunciar cinco años después de su llegada, ya contaremos por qué. Por lo pronto haré una digresión hablando de su hijo, nacido en París, y que tenía nueve años cuando llegó a Madrid. Ese hijo,

llamado Carlos y mejor conocido como Charlie, ya pasada la Segunda Guerra Mundial, compró en Venecia el Palazzo Labia, que tiene un enorme salón de baile decorado con frescos de Tiepolo. Ahí habría de organizar en 1951 la fiesta del siglo, un baile de disfraces con lo más selecto de la *jet-set*, lleno de anécdotas curiosas, como que Dior le diseñara el disfraz a Dalí, y Dalí se lo diseñara a Dior. Setenta y cuatro años después, la fiesta de Jeff Bezos no tuvo el alma, ni la magia de los invitados, ni el arte ni la *joie de vivre*, que tuvo la de Charlie Béistegui. No hablo más de esto, porque ocurrió en Venecia y no en Madrid, y en Amado Nervo no hubo más Venecia que estos versos:

Venecias, Romas, Vianas, Parises,
bellos sin duda... ¡Pero copiados
en sus celestes pupilas grises,
en sus divinos ojos rasgados!
Venecias, Romas, Vianas, Parises,
¡qué más me da
vuestra balumba febril y vana,
si de mi brazo no va mi Ana,
si ya conmigo mi amor no está!
¡Qué más me da!

Pero vale la pena hacer una segunda digresión con la familia Béistegui, porque esta sí tiene que ver con Madrid. En la enciclopedia del Museo del Prado leemos una breve nota biográfica de otro Carlos de la familia: Carlos Béistegui, que murió en Biarritz en 1953. «Vocal del Real Patronato del Museo del Prado, nombrado en 1931. Empresario de origen vasco, fue coleccionista de arte y amigo de Zuloaga, que lo retrató en varias ocasiones. En 1942, tras ofrecérsela al Museo del Prado, donó su colección de arte al Musée du Louvre bajo reserva de usufructo. Las obras ingresaron al Museo a su muerte, acaecida en 1953. La colección cuenta con obras de artistas como Rubens, Van Dyck, Fragonard, Goya, David, Ingres y Zuloaga, entre otros».

¿Por qué al final no llegó la colección al Museo del Prado? ¿Qué ocurrió con un millonario donativo en metálico que Béistegui hizo al museo? Son misterios. La mejor investigación al respecto, sin llegar a las respuestas, puede leerse en el artículo «El asunto Beistegui y sus silencios», de Laura Arias Serrano.

Por cierto, en México siempre se le puso tilde a la E. No en otros lugares. Y como en México estaban cancelados desde el siglo XIX los títulos nobiliarios, solía omitirse la preposición «de» en los apellidos.

La Revolución comenzaría en México en 1910. Porfirio Díaz se vio obligado a dejar la presidencia el 25 de mayo de 1911, y pronto se embarcó rumbo a su destierro en París. Con el cambio de gobierno, Béistegui, un leal porfirista, hubo de renunciar a la legación, mas no a su fortuna.

► | **Unión Ibero-Americana** Príncipe 39, Alcalá 65/73, Recoletos 10

La primera dirección que tuvo la Unión Ibero-Americana sería la que hoy corresponde al número 35 de la calle Príncipe, entonces 39. Se lee en la prensa madrileña de la época:

En Madrid se ha fundado recientemente un centro que está llamado a prestar grandes servicios a España y América: la Unión Ibero-Americana, a la cual están afiliados hombres de letras y de ciencia de reconocida fama, tanto españoles como hispano-americanos, los cuales se proponen laborar en pro del patriótico ideal de unión entre todos aquellos que hablamos la lengua armoniosa de Sor Juana y de Cervantes, colaborando en la revista —alma de ese ideal— que lleva por título Unión Ibero-Americana y de la cual es director el distinguido periodista don Luis de Armiñán.

Baste citar, entre los que prestan el valioso contingente de su pluma a esa publicación, los nombres de don Armando Palacio Valdés, don Rubén Darío, don Salvador Rueda y don Amado Nervo, para tener idea de la importancia de ella.

La Unión Ibero-Americana se mudó al 65 de la calle de Alcalá. Sin cambiar el domicilio, hubo un cambio de numeración que le asignó el 73. Detalle pequeño, pero dolor de cabeza para los carteros.

Aprovecho para una desviación sin salir de la calle Alcalá. De tanto pasar y pasear por ahí, en distintas estaciones del año, Amado Nervo acabó por escribir un artículo que tituló «Terrazas de quita y pon». Va un fragmento:

Abril trajo las terrazas, esas simpáticas terrazas de quita y pon de la calle de Alcalá, que añaden una viva y alegre nota nueva al perenne bullicio de la arteria principal de Madrid.

En cuanto se avecina noviembre; en cuanto empiezan a caer fúnebremente las hojas como en el verso de Stecchetti; en cuanto el hálito glacial del Guadarrama culebrea zumbando por el nudo de las viejas callejuelas, las terrazas de la calle de Alcalá desaparecen como por ensalmo... La avenida se ve más ancha, más luminosa y más triste...

La calle de Alcalá no por eso queda desierta... ¡Ah! Ciertamente que no. Pero faltan esos islotes de ruido, de tráfico, de barahúnda, que las terrazas forman...

Pero abril va «empollando» mesas y ruido a medida que avanza. Primero tímidamente en un café asoma una mesita con dos sillas; luego dos mesitas con cuatro sillas; cuatro mesitas con ocho sillas... y un día, sin saber cómo, os encontráis con que toda la acera sur de la calle de Alcalá está invadida por las terrazas...

Y el público... llega y se instala ahí como en su casa, y empieza a vivir... esa segunda vida del madrileño de buena cepa, frente a la mesa del café.

¿Serán estos los versos de Stecchetti?

*Quando cadran le foglie e tu verrai
a cercar la mia croce in camposanto
in un cantuccio la ritroverai
e molti fior le saran nati accanto.*

Nervo fue colaborador regular de la Unión Ibero-Americana, con poemas y textos para la revista. Con charlas y conferencias en la sede de la organización. En ese todavía número 65 de la calle Alcalá, Nervo presentó en 1910 su libro *Juana de Asbaje*, que representaba su «contribución al Centenario de la Independencia de México». Lo dedicó «a las mujeres todas de mi raza y de mi país».



Calle del Príncipe. Biblioteca Regional de Madrid.

Muy famosos son los versos con que introduce el texto:

En este libro casi nada es propio:
con ajenos pensamientos pienso y vibro,
y así, por no ser mío, y por acopio
de tantas excelencias que en él copio,
¡este libro es quizá mi mejor libro!

Hago mías sus palabras, pues «en este libro casi nada es propio».

El libro de Nervo es un paso por la biografía y poesía de Juana de Asbaje, mejor conocida como Sor Juana Inés de la Cruz.

Así comenzó Nervo esa noche:

Señoras y señores:

Empiezo dándoos las más rendidas gracias por vuestra asistencia.

He deseado que vinierais porque se trataba de exaltar y glorificar a una de las más extraordinarias mujeres que han pasado por nuestra raza, y mi primera galantería para con ella (para con su ánima luminosa) debía ser congregarle un auditorio tan selecto y distinguido como vosotros.

Lo he logrado y estoy satisfecho.

Esa noche Amado Nervo habló a título personal, «dicen y redicen que no hay nada nuevo bajo el sol» y leyó los versos de Sor Juana que hablan por todos los poetas:

¡Oh siglo desdichado y desvalido,
en que todo lo hallamos ya servido!
Pues que no hay voz, equívoco ni frase
que por común no pase
y digan los censores:
¿Eso? ¡Ya lo pensaron los mayores!
Dichosos los antiguos, que tuvieron
pañó de que cortar y así vistieron
sus conceptos de albores,
de luces, de reflejos y de flores.

Que entonces era el Sol nuevo, flamante,
y andaba tan valido lo brillante,
que el decir que el cabello era un tesoro,
valía otro tanto oro...

Y remata Nervo con un lamento: «Pues ¿qué diremos los misérrimos poetas que nacimos dos siglos después?».

Sobre este libro, Carlos Monsiváis escribió:

Juana de Asbaje es un acercamiento un tanto delirante a Sor Juana Inés de la Cruz, redescubierta por una admiración a la vez nacionalista y literaria... Nervo no se limita. Para él, Sor Juana es la excelcitud, lo que sobrevive literariamente de la época colonial de la que fue «luz y poesía»: por eso, dialoga con ella, le pregunta por su vida y concluye en el desbordamiento: «Como a dama y reina os besara la mano; mas, pues que vuestro estado os veda el alargarla hacia mis labios, castos para vos, os diré lo que un pobre enfermo afectuoso dijo a una santa hermana de la caridad: Poneos entre la lámpara y el muro, hermana mía, a fin de que pueda yo besar humildemente vuestra sombra».

La revista *Unión Ibero-Americana* continuó publicándose hasta 1926. A partir de entonces, la publicación oficial de la Unión pasó a llamarse *Revista de las Españas*. En 1936 apareció su último número.

► | **Museo de Artillería (Salón de Reinos)**
C. de Méndez Núñez, 4

Aquel museo de artillería ya no existe. En su misma ubicación cambió de nombre al de Museo del Ejército y luego se trasladó a Toledo. Pero en 1910 bien que existía y ostentaba distintos trofeos que los ejércitos españoles habían ganado en más de cien guerras. Un par de estos trofeos los había tomado el general Félix María Calleja del Rey durante la guerra de Independencia en México. Como militar y como virrey de la Nueva España infligió varias derrotas a los insurrectos. Bajo su mando fue fusilado uno de los padres de la patria mexicana: el cura José María Morelos



Museo de Artillería. Biblioteca Regional de Madrid.

y Pavón el 22 de diciembre de 1815. Tres años después, el general Calleja volvió a España. En su equipaje traía la casaca, un retrato y otras pertenencias del cura Morelos.

Amado Nervo visitó varias veces el Museo de Artillería y vio estos objetos con la certeza de que debían volver a México.

Él y Béistegui comenzaron las negociaciones. México celebraría el 16 de septiembre de 1910 las fiestas del centenario de la Independencia.

Desconocemos el proceso de las negociaciones, pero tenemos certeza sobre el resultado. La prensa de agosto anunciaba: «Por el ministerio de jornada ha sido nombrada la misión extraordinaria que irá a México. Estará formada por el general Polavieja con sus ayudantes, el ministro Sr. Cologán, el agregado, Sr. Espinosa, un militar y un marino». La nota terminaba con lo más importante: «Llevarán el uniforme del cura Morelos que se conserva en el Museo de Artillería».

Camilo García de Polavieja y del Castillo-Negrete, que habitaba en el edificio de Sacramento 5, conocido como el palacio de Lezcano o de O'Reilly, era un veterano de varias guerras que ahora desembarcaba en México en son de paz y amistad, con una casaca, un retrato y un discurso.

El rey Alfonso XIII no viajó personalmente pese a la inoportuna invitación que le había hecho Amado Nervo.

Polavieja entregó «con toda solemnidad» el uniforme de Morelos a Porfirio Díaz, empleando el oropel de aquellos tiempos y quizás de estos también. «En nombre de mi augusto soberano, tengo el alto honor de poner en manos de vuestra excelencia, para que queden en tierras mexicanas, prendas de uniforme y otros objetos que pertenecieron al señor general don José María Morelos y Pavón, que por gran ciudadano y gran soldado guardaba mi patria, honrándolos mucho en su Museo de Artillería».

Fue un gesto de amistad que Austria nunca ha tenido con México.

Su majestad, el rey Alfonso XIII, deseaba que todos los mexicanos vieran en este gesto «la más completa expresión de la sincera y grande satisfacción con la que él y la madre España» se solidarizaban con el centenario de Independencia. Pasaba a felicitar a don Porfirio por el progreso del país y los avances en la paz.

Los avances en la paz... pero ocurre que en esos momentos se estaba cocinando en México una insurrección que se saldaría con dos millones de muertos.



Casa Álvarez

Príncipe 33, hoy 27

En la guía comercial de 1906, aparece en la calle del Príncipe 33, junto al Teatro Español, un negocio llamado Álvarez e Hijos, dedicado a vender fiambres y pastelería. Sin embargo, era más famoso por la cerveza y... los pájaros fritos.

Como buen mexicano, aunque algo afrancesado, Amado Nervo sin duda había degustado los chapulines, escamoles, gusanos de maguey y todo tipo de menudencias, pero en Madrid le repelió la idea de comer pájaros fritos.

En cuanto llega el invierno, el transeúnte advierte en muchos escaparates de pastelerías, tocinerías, tabernas y tiendas de comestibles de Madrid, rimeros enormes de pájaros fritos.

Son éstos el manjar más succulento de la gente modesta, de la clase media y aun de la pobre; pues el precio varía desde dos sueldos hasta cuatro y cinco la pieza, según el lujo del escaparate, y, sobre todo, según la antigüedad de los pájaros.

Gracias a la temperatura, los míseros animalitos ya de suyo se conservan frescos por tres y cuatro días.

Una vez fritos, su duración es ilimitada.

Ahí están, achicharrados, en actitudes trágicas, una semana o más, sin otra variación sensible que la del precio.

Cuando el vendedor advierte que la manteca se ha embebido, los fríe de nuevo y rebaja algunos céntimos a la pieza.

Pero en lo general no hay necesidad de esto: los pájaros fritos se venden por docenas, y en algunas casas acreditadas el enorme montón se renueva a diario en el escaparate.

Os aseguro que una de las impresiones más indefinibles de mi vida fue la visión primera y desconsoladora de estos pájaros muertos (y además fritos) que el madrileño devora con deleite.

¡Y claro que habían de devorarlos con deleite! Algún cronista los llamó «manjar especial de las tabernas madrileñas». En su libro *Physiologie du goût*, Brillat-Savarin habla del placer de comer pájaros pequeños. Y Miguel Delibes, en *La partida*, tiene un personaje que atrapa un tordo y «se relamía pensando en la pechuga del pájaro frito».

La ley permitía cazar, vender, freír y condimentar los pájaros que no fuesen insectívoros, desde el primero de septiembre hasta el 31 de enero. Pero las autoridades se lamentaban de que la orden no se cumpliera, y, una vez desplumado y frito, no se sabía qué tipo de pájaro había sido en vida.

La casa Álvarez, en la esquina de Príncipe y calle del Prado, era la favorita para degustarlo. Ahí se servían hasta treinta mil docenas de pájaros al año, o sea, mil pájaros diarios. El comensal no se detenía en aclarar si deseaba una alondra, gorrión, vencejo, ruiseñor o jilguero; aunque cuentan los antiguos que el más sabroso era el oriol o papafigos.

Y hasta tuvo buen éxito, en 1891, el sainete de Sinesio Delgado titulado *Los pájaros fritos*.

«Mira, para cuando salgas
compraré unos pajaritos,
unas rajitas de queso
y una botella de vino
y cenamos en tu casa...».
Si viera usted con qué mimo
me dijo: «¡Bueno!» Porque ella
con cuatro pájaros fritos
ya está en sus glorias.

Tan rico manjar habría de ser prohibido el 20 de enero de 1924, por real orden: «Se prohíbe la circulación e introducción en las poblaciones de la caza de pájaros muertos y la venta de ellos en puestos públicos, bares, tabernas y demás establecimientos». El gusto por los pájaros había causado escasez de estos insectívoros en el campo, y la consecuencia eran las plagas y malas cosechas.

Una ley anterior, de 1917, establecía: «Sólo se concederán kioscos en las vías públicas para la venta de periódicos y revistas, sellos y tabacos, pájaros, flores y dulces», pero estos, suponemos, estaban vivos.

► | **Cementerio Sacramental de San Lorenzo**
Calle La Verdad, s/n. Nicho 213

La amada inmóvil

Anne Cécile Louise Dailliez, nacida en París, murió en Madrid el 7 de enero de 1912. Su lápida indica la fecha de muerte, pero no la de nacimiento. Dejó una hija. Dejó un poeta triste para que le escribiera versos:

Todo en ella encantaba, todo en ella atraía:
su mirada, su gesto, su sonrisa, su andar...
El ingenio de Francia de su boca fluía.
Era llena de gracia como el Avemaría;
¡quien la vio no la pudo ya jamás olvidar!

Ingenua como el agua, diáfana como el día,
rubia y nevada como Margarita sin par,
al influjo de su alma celeste, amanecía...
Era llena de gracia, como el Avemaría;
quien la vio no la pudo ya jamás olvidar.

Cierta dulce y amable dignidad la investía
de no sé qué prestigio lejano y singular.
Más que muchas princesas, princesa parecía:
era llena de gracia, como el Avemaría;
quien la vio no la pudo ya jamás olvidar.

Yo gocé el privilegio de encontrarla en mi vía
dolorosa; por ella tuvo fin mi anhelar,
y cadencias arcanas halló mi poesía.
Era llena de gracia, como el Avemaría;
quien la vio no la pudo ya jamás olvidar.

¡Cuánto, cuánto la quise! Por diez años fue mía;
pero flores tan bellas nunca pueden durar!
Era llena de gracia, como el Avemaria,
y a la Fuente de gracia, de donde procedía,
se volvió... como gota que se vuelve a la mar!

El poema lo dice: «El ingenio de Francia de su boca fluía» y «por diez años fue mía». Con menos poesía y más prosa, lo dice así Amado Nervo:

Ana Cecilia Luisa Dailliez, mujer excepcional por su gracia, su bondad y la persistencia extraordinaria de su ternura, a quien conocí en París en una noche en que mi alma estaba muy sola y muy triste, la noche del 31 de agosto de 1901, y con quien viví desde entonces en la más cordial y noble de las compañías hasta el 7 de enero de 1912, en que murió en mis brazos.

No era época de funerarias o tanatorios. El muerto se velaba en casa. «Casa mortuoria», se le llamaba. Y estaba prohibido enterrar a nadie antes de las veinticuatro horas del deceso. Así se garantizaba que el



Anne Cécile Louise Dailliez.

cadáver fuese un muerto de verdad. En días de mucho calor esto podía parecer largo tiempo. Una muerte a las diez de la noche obligaba a un entierro treintaiséis horas después. El reglamento dictaba que «cuando hubiese necesidad de sacar de la casa mortuoria un cadáver antes de las veinticuatro horas siguientes al óbito, éste será conducido a los depósitos de los cementerios o a los establecidos en el interior de la capital». Tales depósitos tenían timbres eléctricos... por si el muerto despertaba.

Ana Cecilia Luisa Dailliez, Anita, había muerto en un enero muy frío. Sus últimas palabras fueron: «*Mes petites pantoufles rouges!*».

Veintiún días duró la enfermedad de Ana; veintiún días que fueron necesarios para poder clavarme en la conciencia la convicción de que iba a morir. Esta convicción era de tal suerte desmesurada para mis fuerzas, que hoy mismo, a pesar de todas las evidencias, me rebelo a veces contra ella, y entonces a mi soledad se une la más impotente de las desesperaciones.

El artículo 15 del reglamento sobre este tema decía: «Los cadáveres no embalsamados serán encerrados en féretros de madera de pino, sin nudos ni mezcla desinfectante, cubiertos de paño u otros tejidos análogos, sin perjuicio de que en sus ángulos se fijen cantoneras de metal. Para los cadáveres embalsamados se podrán utilizar féretros metálicos de maderas compactas».

El domingo 17 de diciembre la dulce y adorable compañerita de mi vida volvió a casa herida ya por el terrible bacilo de la fiebre tifoidea. El lunes empezó a sentirse mal; el jueves, 21, se encamó definitivamente y comenzó su calvario, hasta el 3 de enero, en que, perdida la lucidez, fue cayendo, apaciblemente recostada sobre el almohadón blandísimo de la inconsciencia, en el seno insondable de la muerte.

En el fondo de los féretros de madera se depositará, antes de colocar el cadáver, un lecho de hierbas aromáticas con una mezcla de carbón y sulfato de zinc o cualquiera otra substancia apropiada que impida la filtración de líquidos, sin perjuicio de lo que el Excmo. Ayuntamiento pueda

acordar en su día, teniendo en cuenta los adelantos de la ciencia en tan importante materia.

Mis días se pasaban en la obscuridad de la alcoba, al lado del lecho, espiando su respiración, aguzando mis ojos para ver los suyos, entrecerrados apenas o abiertos en la sombra.

Prohibida en absoluto la conducción a mano o en hombros. Los cadáveres serán llevados a los cementerios y depósitos, cubiertos, lo mismo los de adultos que los de párvulos, y en carros fúnebres, haciendo éstos el regreso a sus respectivas cocheras por los caminos de las afueras de la población.

¡La muerte! Allí se agota todo esfuerzo,
allí sucumbe toda voluntad!
¡La Muerte! Lo que ayer fue nuestro Todo,
hoy solo es nuestra Nada... ¡Eternidad!
¡Silencio!... ¡el máximo silencio
que es posible encontrar!
Silencio... ultra-silencio,
¡y no más! ¡oh no más!
Ni una voz en la noche
que nos pueda guiar.
Ana, razón suprema de mi vida,
¡dónde estás, dónde estás, dónde estás!
Se abisma en el abismo el pensamiento,
se enlobrece al fin todo mirar
en esta lobreceza inexorable
y desespera a fuerza de esperar
¡la más potente de las esperanzas!
¡Eternidad! ¡Eternidad!

Inmediatamente después de ocurrir un fallecimiento, el jefe de familia deberá pasar aviso al Laboratorio químico municipal para que proceda a la desinfección de la vivienda.

Amado Nervo llevó una bitácora día tras día desde el 27 de diciembre de 1911, «último domingo que anduve con Anita en la calle», hasta el final.

Aquí los últimos cuatro días:

1912, enero,

Jueves 4: Grave.

Viernes 5: Grave.

Sábado 6: Noche de agonía. La más espantosa de mi vida.

Domingo 7: Doce y cuarto, murió Anita.

Lunes 8: La enterraron a las cinco en San Lorenzo: que se haga la voluntad de Dios.

Murió de fiebre tifoidea, y poco pudo hacer Nervo para sanarla, cuando un especialista de la Real Academia de Medicina de Madrid había dicho en el último congreso: «Hasta hoy, el remedio más eficaz que he encontrado para combatir la fiebre tifoidea es el agua pura, azucarada, acidulada con limón, mezclada con vino, de uno o de otro modo, según los casos, pero siempre en la mayor abundancia que se pueda». Casi peor que un tinto de verano.

Quizás Amado Nervo compró el féretro y contrató el servicio funerario en el establecimiento de la calle de Santiago 11, pues era el más cercano. El carro fúnebre tenía la obligación de llegar puntual a la casa mortuoria y debía esperar media hora. Si en ese plazo no le entregaban el cadáver, podía retirarse y cobrar nuevamente el servicio.

MI SECRETO

¿Mi secreto? ¡Es tan triste! Estoy perdido
de amores por un ser desaparecido,
por un alma liberta,
que diez años fue mía, y que se ha ido...
¿Mi secreto? Te lo diré al oído:
¡Estoy enamorado de una muerta!

Eran las cinco de la tarde. Ningún aviso hubo sobre el entierro. Al tiempo que ponían la lápida en la tumba, en el Coliseo de Noviciado se presentaba *La boda de Chipilín*.

Los entierros, como las bodas, requieren de pompa y algún derroche. Nervo debía conseguir un carro mortuorio lo más digno posible, tirado por caballos vistosos. Ostentar a la muerta cuando en vida la ocultó.

Desde su balcón, muchas veces Amado Nervo pudo ver al rey. Esa tarde de enero de 1912, bien pudo Alfonso XIII asomarse por alguna ventana del Alcázar Real hacia la calle de Bailén. ¿Y quién no se deja seducir por la imagen de un carro negro y hombres de negro que meten un féretro en él? Le llamó a su mujer y le señaló la escena. «Fuerte la nuestra suerte, que a todos nos lleva la muerte».

Para la conducción de los fallecidos a consecuencia de enfermedades infecciosas, se utilizará un doble féretro metálico, herméticamente cerrado, y de las condiciones del modelo o modelos que se adopten.

Conocemos el recorrido del cortejo, pues estaba dictado por la ley:

Cortejos a los Cementerios de Sacramentales: los que procedan de la zona Norte y se dirijan a los Cementerios de San Justo y San Isidro, deberán afluir a la cuesta de San Vicente, siguiendo por el paseo alto de la Virgen del Puerto al puente de Segovia.

De ahí se tomaba toda la carrera de San Isidro, pasando a un lado de la estación de Goya, luego de los cementerios de San Justo y San Isidro, hasta el puente de Toledo; y de ahí se recorría el camino a los Cementerios hasta la calle de la Verdad.

Nervo visitaba con frecuencia a su amada en el cementerio sacramental de San Lorenzo. La lápida dice: «Cecile Louise Dailliez, † el 7 de enero de 1912. R.I.P.». Aunque él le llamaba Anita, no aparece su primer nombre: Anne. Se emplea el R.I.P. latino: *requiescat in pace*. Quizás el propio Nervo desconocía su fecha de nacimiento.

En una visita al cementerio y «entre la nube de mendigos», se le acercó una anciana que le propuso a cambio de diez céntimos de peseta rezar un padrenuestro «por mi difunto». Nervo aceptó el «inmoral convenio» y en tanto la anciana rezaba casi dando gritos, él se hurgó los bolsillos para dar con la moneda. Pero ya no le quedaban sino monedas de dos pesetas. «Me pareció demasiado dinero, dada la baratura usual de la oración aquí». Le dijo que no traía dinero y la mujer interrumpió el rezo en el «Vénganos tu reino», y exclamó «¡Por vida del caramba!»; y se marchó furiosa.

Circula la historia de que, desde su prodigioso balcón, Nervo miraba con su telescopio la lápida de su amada inmóvil. Hoy es imposible, con tanto edificio que sirve de obstáculo. Pero en 1912... ¿quién sabe?

Nervo se hizo cargo de la hija de Ana Cecilia, llamada Margot o Margarita. La vio crecer con el paso de los años y comenzó a cultivar anhelos. Su biógrafo, Alfonso Méndez Plancarte, lo cuenta así:

Entretanto, una hijita de su muerta había ido creciendo, cegándolo a distancias y cercanías, e inspiró una ilusión dulcemente absurda que tuvo por respuesta la natural: «¿Cómo decir: «Te quiero», sin añadir «papá»?». Y Nervo —caballero aquí sin mácula—, se apresuró en aquel su inmediato viaje a confiar esa niña a otro fraterno hogar más decoroso.

Fue la primera muerte de Nervo.

► **Tranvía 6** Puerta del Sol-Pozas

Escribe Amado Nervo:

El tranvía número 6, uno de los más simpáticos de la villa y corte (no porque sea el que deja diariamente en su domicilio a este servidor de ustedes, sino porque tiene coches llamados «simpáticos» por el público, merced a su disposición moderna, y une, además, dos sitios deliciosos de Madrid: el Retiro y el Parque del Oeste.

Recordemos que «Villa y Corte» es un apodo que recibió la ciudad de Madrid en tiempos de Felipe II. En cuanto ir desde la legación mexicana hasta su casa, el ya entonces primer secretario debía tomar el tranvía que llevaba la ruta Serrano, Villanueva, Paseo de Recoletos, Cibeles, Alcalá, Puerta del Sol, Mayor, Bailén, San Marcial, Ferraz, Ventura Rodríguez, Princesa hasta la cárcel Modelo. Otro se desviaba desde Ventura Rodríguez hacia Marqués de Urquijo, llegando hasta el Parque del Oeste.

Aquí todo parece reconocible, salvo San Marcial y la cárcel Modelo. San Marcial fue una plaza junto al cuartel de San Gil. Luego de una profunda cirugía, todo eso pasó a ser la Plaza de España. En cuanto a la cárcel Modelo, se hallaba junto a la plaza de la Moncloa. Sufrió muchos



Tranvía . Biblioteca Regional de Madrid.

daños durante la Guerra Civil y se derribó para edificar el Ministerio del Aire.

Nervo se ocupa de ese mismo tranvía para hablar de Benito Pérez Galdós, específicamente el que terminaba en la Cárcel Modelo, pues recordemos que Galdós vivió un tiempo en el número 46 de la calle de Alberto Aguilera, que hasta 1903 se llamó Paseo de Areneros; después habría de mudarse a Hilarión Eslava 7; y para llegar a ambas direcciones se tomaba la misma línea desde la Puerta del Sol.

No es raro que en el tranvía que va de Puerta del Sol a Pozas, y que pasa por nuestras respectivas casas, dejándome a mí en Bailén y a él llevándole hasta Areneros, me encuentre a don Benito.

Silencioso, recogido, en actitud modesta, caladas las obscuras gafas que protegen contra el rabioso sol de España sus ojos enfermos, don Benito pasa inadvertido de todo el mundo. Sin duda que hasta el cobrador sabe su nombre y ha leído alguno de sus libros; pero no lo identifica, y aquella verdadera realeza continúa su camino, tranquila, casi humilde, pensando en «sus cosas».

Algunas veces le dejo respetuosamente en su rincón, seguro de que sus pensamientos valen más que todo lo que pudiera yo decirle.

Otras me acerco y le saludo.

Entonces, muy afable, me dice:

«Perdóneme que no le haya visto».

E incontinenti se pone a conversar conmigo.

En días pasados... me recomendó que leyese un libro muy documentado: *La reina doña Juana la Loca*, de Antonio Rodríguez Villa, y como yo no pude conseguirlo, me lo envió a mi casa.

Otro día me dijo: «Como en mi próximo episodio he de referirme al general Prim, deseo que un día venga usted a almorzar conmigo, a fin de que me hable mucho de México; quiero saber, no lo que dicen los libros, que bien me sé, sino todos esos hechos, todas esas menudencias, todos esos detalles que constituyen la vida diaria, la vida familiar».

En una carta del 6 de junio de 1906, Amado Nervo dice a Pérez Galdós: «Le devuelvo el libro de Doña Juana, con mucho agradecimiento, pues me ha proporcionado horas de gran deleite... En mi vida había visto un libro más amplia y sabrosamente documentado. Toda la época surge con un relieve admirable».

Sobre las menudencias y detalles que constituyen la vida diaria en México, es probable que no hayan hablado, pues en el *Episodio Nacional* nunca se ve a Prim comiendo pozole o tamales ni bebiendo pulque o mezcal.

Habría tiempo para conversar en los tranvías, puesto que su marcha:

... en ningún caso puede exceder la velocidad de veinte kilómetros por hora en las carreteras y de ocho en el interior de las poblaciones, debiendo moderarse cuando sea necesario en los sitios de mucha concurrencia, en los cruces de las calles transversales, en las curvas y en cuantos puntos se estimen peligrosos por el trazado o la estrechez de las calles.

Ese tranvía había funcionado con tracción animal durante años, lo que se llamaba entonces «motor de sangre». A inicios de 1899 se hizo el ten-

dido eléctrico. El 2 de enero de ese año se informó que «esta mañana se han efectuado las pruebas oficiales del tranvía eléctrico en su recorrido por los barrios de Pozas y Argüelles desde Puerta del Sol». El resultado había sido satisfactorio y se autorizó a la empresa «para establecer dicho servicio en combinación con el de tracción animal».

El barrio de Pozas sufrió muchos daños durante la guerra civil. Posteriormente, en los años setenta, los residentes fueron expulsados por la milicia inmobiliaria. Lo que fuera aquel barrio ahora está mayormente ocupado por el Corte Inglés de Princesa.

Hay que imaginar en aquel entonces la circulación de estos tranvías por la izquierda, pues así fue hasta 1924, cuando cambió a la derecha. Los tranvías se voltearon, pero no el metro, que aún hoy circula por la izquierda.

El tránsito de los peatones «solamente por las aceras, llevando en su marcha el lado derecho respecto de la línea de fachada de las calles», se había dictado desde 1913.

Para visitar a su amada en el cementerio Sacramental de San Lorenzo, Nervo abordaría un tranvía en Puerta del Sol, con la ruta: Mayor, 7 de Julio (ida), Felipe III (vuelta), Plaza Mayor, Toledo, Glorieta del Puente de Toledo, General Ricardos, Carabanchel Bajo, Carabanchel Alto.

Los horarios de visita a los muertos los ponía el sol. «Las puertas de los Cementerios permanecerán abiertas desde la salida a la puesta del sol. Durante estas horas se permitirá la libre entrada y tránsito por el Cementerio a las personas que lo deseen».

► | **Palacio Real de Madrid** Calle Bailén, Plaza de Oriente

Por tradición también se le llamaba indistintamente Alcázar Real o Real Alcázar. Amado Nervo hubo de visitarlo en varias ocasiones por realizarse ahí recepciones oficiales y presentación de cartas credenciales. Me concretaré a hablar de una de ellas.

Había llegado Federico Gamboa a Madrid en una embajada para agradecer al rey Alfonso XIII las atenciones que tuvo con México en la celebración del centenario de la Independencia, para lo cual, recordemos, había enviado al marqués de Polavieja y devuelto algunos objetos pertenecientes al cura José María Morelos.

Los diplomáticos mexicanos eran aristócratas u hombres de letras; a veces las dos cosas, pues hubo un tiempo en el que los ricos se educaban. Federico Gamboa era periodista, ensayista, dramaturgo y, como novelista, tenía ya en su haber el primer *bestseller* mexicano: *Santa*.

Además escribía un diario, en el que podemos leer sobre su estancia en Madrid. Estamos a 19 de febrero de 1911, y Gamboa se instala en «la lujosa casona que en la calle del Tutor, esquina a la del Rey Francisco, del viejo Madrid, en el distinguido barrio de Argüelles, generosamente ha puesto a mi disposición don Telésforo García». Ya hablaremos más adelante de esa casona.

El lugar queda a pocos pasos del Palacio Real, donde deben presentarse por la mañana, pero deciden partir desde la casa de Béistegui en el paseo de la Castellana «a fin de que el desfile, desde ahí hasta Palacio, alcance un mayor lucimiento».

Ya en el palacio, luego de subir escaleras, le ofrecieron a Federico Gamboa reposar y beber un vaso de agua, pues unos días atrás se les había desplomado sin conciencia el embajador de Rusia. «Un embajador mexicano puede morir en su puesto», le respondió Gamboa, «pero nunca desmayarse».

Por fin se encontró con Alfonso XIII. Gamboa lo saludó con un parlamento que incluía las palabras «egregio, rendidas gracias, allende los mares, carabelas épicas, espadas fulgurantes, simiente del idioma, cerebros pensadores, portentosa raza latina, ufánase, hispánica génesis, vetustos vínculos, fuérame, olvidáseme, acaecimiento trascendental, harto nos gloriamos, hazañosa conquista...» y terminó con palabras de cuando nuestros gobiernos eran hermanos: «¡Que México y España, ya unidos por la sangre, se unan más cada día en la vida y en la historia, a fin de que alcancen los mismos ideales de raza y de progreso sin que ningún poder humano acierte nunca a separarlos!».

A las veinte horas hubo una cena en el Palacio Real. Gamboa escribiría en su diario sobre «la mesa, de setenta cubiertos, deslumbrante con sus porcelanas, cristales y plata; los manjares y caldos, exquisitos; los invitados, de legítima alcurnia». Luego pasaron a una galería «donde se sirvieron los tabacos, el café y los licores», y al final pasaron al salón de Gasparini para escuchar a la soprano Matilde de Lerma y al tenor Francisco Viñas. Como remate se presentó el actor Santiago, «el cómico predilecto de Madrid» a recetar tres monólogos.



Palacio Real. Biblioteca Regional de Madrid.

Para quien tenga curiosidad, el banquete consistió en: Consomé Carême, crema de cebada, trucha de Escocia con ostras, frito a la Villeroi, salsa de trufas, vaca estofada al vino de Burdeos, legumbres, jamones a la mexicana, gelatina de ternera, sorbetes fine Champagne, pollos de Francia, asados, ensalada de lechuga, espárragos con salsa holandesa, delicias de piña, soufflé helado de chocolate, bizcochos y paciencias de Viena. Quesos.

En cuanto a las bebidas, hubo jerez, Rhin Jonannisberger, Château Margaux, Romanée-Conti, champaña y Málaga.

Difícil saber qué carne usaron para el «frito». La trucha de Escocia no siempre es escocesa. Ahora parece un desperdicio cocinar vaca con algún chateâu de Burdeos. Nadie sabe qué pueden ser los «jamones a la mexicana». La gelatina de ternera es una delicia aunque ya no se acostumbra en España y a mucha gente le causa repulsión. Los sorbetes eran una fineza para restaurar el paladar antes de seguir comiendo. Ahora el pollo se acostumbra poco en las comidas diplomáticas, salvo la pechuga, porque no todo jefe de Estado sabe usar los cubiertos. La salsa holandesa, junto a la polonesa, sigue siendo la tradicional para los espárragos.

Las paciencias de Viena eran unos Blätterteig venidos del imperio austrohúngaro, que entonces era la capital de la repostería. Y al final, los quesos, siguiendo a Brillat-Savarin, maestro de gourmets, que decía: «*Un dessert sans fromage est une belle à qui il manque un oeil*».

En cuanto a los vinos, muy bien por el jerez de aperitivo y el Málaga en los postres; si bien, era parte del afrancesamiento, pues los apreciaban mucho en Francia, y hasta leemos en *El conde de Montecristo*: «como me ha invitado a cenar con ella al salir de la ópera, le llevaréis seis botellas de vinos de Chipre, de Jerez, de Málaga». En aquellos días estaba de moda el Jonannisberg, blanco de Rhin. Lo bebían mucho en Rusia. Aparece en textos de Chéjov, Bunin, Chmeliev; pero seguramente era un vino mediocre y amanzanado, aunque adecuado para la trucha. En cambio los tintos... *Vive la France!*

Años antes se había presentado en el teatro Variedades de Madrid «con extraordinario éxito» una zarzuela de José Jackson Veyán en un acto titulada *Château Margaux*. La pieza más famosa, por muchas voces cantada, incluyendo la de Montserrat Caballé dice:

No sé qué siento aquí
Que el alma se encendió.
No hay vino para mí
Como el Château Margaux.

Este 2025, en el banquete que ofrecieron los reyes de España para la ONU en el Alcázar de Sevilla, el primer plato consistió en una sopa fría de espárragos con tartar de anchoa ahumada y filamentos de manzana; lomo de lubina confitada acompañado de judías verdes y chirivía; y, como postre, un cremoso de cereza, regaliz y chocolate negro con cacao. Los vinos fueron La Quintería 2022, Hacienda Monasterio 2022 y Santa Águeda Naranja.

Las mesas del pasado eran más epicúreas. Quien quiera ver una colección de menús alfonsinos, puede leer *Historia de un cocinero*, de Melquiades Brizuela, quien mucho cocinó para sus majestades.

Nuestro buen amigo Amado Nervo estaba en esa espléndida cena, bebiéndose un Romanée-Conti y comiéndose un pollo asado de Francia, tal como en la novela *Arco de triunfo*, de Erich Maria Remarque, situada en París, que habría de aparecer treintaicuatro años después: «Vinieron

luego los pollos asados y tiernos... En el extremo principal de la mesa bebieron una botella de Romanée-Conti 1921».

Amado bebió, comió, el candelabro iluminó su faz, disfrutó las voces del tenor y de la soprano, y acaso debieron de parecerle payos los monólogos del cómico Santiago; pero si el rey se reía, había que reírse.

Amado pensaba en el canto de la soprano, «*Vissi d'arte*», de Puccini:

Nell'ora del dolore

Perché, perché, Signore, ah

Perché me ne rimunerì così?

Él era apenas un secretario de la embajada, pero había estado ahí, donde no se permite la entrada a los poetas.

Ese Palacio Real dominaba la vista desde el balcón de Amado Nervo; le daba el diario espectáculo del cambio de guardia, y el espectáculo de los curiosos que vienen a verlo, aquellos que:

... viven dispuestos a aprovechar la menor ocasión que se presente para perder el tiempo, y los cuales, desde temprano, se estacionan en los alrededores del palacio, de donde no se retiran sino a eso de la una de la tarde, para tornar a eso de las dos de la misma.

¿Qué hacen allí? Pues ven el entrar y salir de personajes: de los ministros a quienes toca acuerdo, de los señorones que vienen a cumplimentar a los reyes; el ir y venir de los alabarderos y gentileshombres de servicio, y sobre todo, el relevo de la guardia.

¡El relevo de la guardia!

Yo me pregunto qué haría el pueblo de Madrid sin el relevo de la guardia, júbilo cotidiano de los pobres.

A él asisten diariamente centenares de personas...

El relevo de la guardia es, en realidad, para éstos, para los humildes, para los que son felices oyendo los pasodobles y ven pasar siempre como un panorama de ensueño la móvil mies de las bayonetas y de las espadas, la galería de los uniformes.

En 1914, el poeta Luis G. Urbina visitó a Amado Nervo en su departamento y, como todo visitante, pasó el tiempo mirando desde el balcón.

Amado gustaba largamente de esos prodigiosos panoramas. Era un adorador del Palacio Real. Lo había visto a todas horas, en todos los tiempos, desleído en la palidez del alba, dorado a fuego por el sol cenital, coruscante bajo la plata de la luna envuelto en la gasa, de hilillos grises de la lluvia y de azúcar candi, como casona de Jauja, cuando lo recubría de blancura la nieve del invierno. Una de las ilusiones de aquel divino y santo soñador era el Palacio Real de Madrid.

Las tardes en que juntos lo admirábamos, en dulce ensimismamiento, me lo comentaba, me lo analizaba, me lo interpretaba, me hacía sentir sus menores y recónditas hermosuras, me describía sus magníficos interiores, sus patios y galerías, sus escaleras, sus corredores, sus salas, mármoles, pinturas, estatuas, tapicerías. Yo escuchaba como un niño, con el corazón abierto al ensueño.

Luis G. Urbina terminaría esta crónica diciendo: «¡Quién habría de decirme que, años después, tendría que asistir yo a las fiestas palatinas!». Pues sería él quien, en 1918, vendría a sustituir en su puesto de primer secretario a Amado Nervo.

► | **Teatro de la Ciudad Lineal** Calle de Arturo Soria y Hernández Rubin

El Heraldo de Madrid del 10 de junio de 1906 dio la noticia en términos poco lisonjeros, diciendo que en la Ciudad Lineal se había inaugurado el «teatrito allí edificado para solaz de los veraneantes en dicho sitio y cuantos aficionados de Madrid y los pueblos próximos vayan de noche a dicha ciudad por los diversos medios de locomoción», pero al final termina con palabras de encarecimiento: «el teatro es muy bonito y está artísticamente decorado con profusión de adornos modernistas».

Para la inauguración, sesenta maestros del teatro Real y la Orquesta Sinfónica, de Madrid, bajo la dirección del maestro Tolosa, ofrecieron un programa musical con obras de Berlioz, Bizet, Massenet, Saint-Saëns, Thomas y Wagner.

Por la noche, la compañía cómico-lírico-dramática puso en escena: *La casa de campo*, *La cizaña*, *Tortosa y Soler*, *Bruno el tejedor*, *El abolengo*,



Teatro de Ciudad Lineal. En *Comedias y Comediantes*, n° 22 01/09/1910, p. XII. Biblioteca Regional de Madrid.

Tocino del cielo. El amor que pasa, La praviana, Música clásica, Los carboneros, Niña Pancha, El lucero del alba y nuestra conocida Château-Margaux. No estuvo incluida *La boda de Chipilín*.

En sus informes para la Secretaría de Educación, Nervo calificó un proyecto teatral en este sitio de «una loable tentativa de arte».

Trátase del *Teatro libre*, a semejanza del fundado en París por L. Poe. En Madrid la institución llámase simplemente *Teatro de arte*, y ha escogido como escenario el de la Ciudad Lineal, simpática sala de espectáculos en las afueras de la villa, en un apacible y pintoresco sitio.

El plan de trabajo de los organizadores consiste en dar series de funciones, en que sucesivamente se representen obras maestras del teatro escénico, de todos los géneros, sin prejuicios de escuela ni de tendencia, pero elegidas entre las que, por circunstancias especiales de originalidad, de orientación, incompatibilidad con el gusto corriente, dificultades escenográficas o de otra índole, no sean representables en los teatros actuales.

El Teatro de arte buscaba «un laboratorio de ensayos donde libremente sean puestas en práctica nuevas formas del arte», pues estas no eran patrimonio de una secta ni de una escuela, y así abrían el escenario a los creadores con «sinceridad en su amor a lo bello y lo verdadero. [...] el arte escénico será algún día en España algo más que entretenimiento de desocupados».

Los gastos se financiaban con los «adherentes», entre los que estaban Benito Pérez Galdós, Jacinto Benavente y Ramón del Valle-Inclán. Y la primera temporada de estas puestas en escena incluía obras de Clarín, Ángel Ganivet, los Goncourt, Brada, José Francés, Bernard Shaw, D'Annunzio y Eduardo Schuré.

Para darnos una idea de los propósitos de este *Teatro de arte*, un crítico que había leído la traducción de la obra de Bernard Shaw al español escribió que «es irrepresentable en nuestros teatros, por las gazmoñerías del público y por la estultez remilgada de empresas y actores».

► | **Biblioteca Nacional de España** Paseo de Recoletos, 20-22

Decir que un escritor como Amado Nervo hizo constantes visitas a esta biblioteca es una obviedad. Llega a mencionarla en frases aisladas como lugar de consulta, o habla de haber copiado la «biografía manuscrita de Sor Juana que existe en la Biblioteca Nacional de España», para incluirla íntegra en su libro *Juana de Asbaje*.

Por eso echamos mano de un apunte que su colega escritor y diplomático, Federico Gamboa, hizo en su diario el 2 de marzo de 1911, poco después del banquete en Palacio. Antes que la biblioteca, el personaje es su director.

Visité la Biblioteca Nacional, valiosísima por lo que en libros atesora y no menos valiosa por la egregia figura mental de su bibliotecario, Marcelino Menéndez Pelayo, «maestro de maestros», pozo de ciencia, enciclopedia humana, intelectual sin par, escritor admirable. Más que visita, fue la mía cumplimiento de un voto, realización de viejo anhelo acariciado desde que nací a la literatura. Y lo portentoso estuvo en que, al verlo y hablarle, no hubo ni aso-



Biblioteca Nacional de España. En *Álbum de 24 vistas* (28). Biblioteca Regional de Madrid.

mos del desengaño parcial o total que la realización de cualquier anhelo trae casi siempre consigo. ¡Al contrario! Lo hallé según tenía el imaginado: la estatura, hartamente menos que mediana pero bien vestida de carnes; de cera las manos, y el rostro, blanco, con palidez mate de eremita; de plata la barba que se lo cierra y los bigotes gachos que se lo cruzan y le ocultan la boca, apenas si en las cejas perduran uno que otro hilo negro; grandes los ojos, tirando a claros, y de triste mirar huidizo, diríaseles huraños, distraídos, mirando a otra parte, menos cuando su dueño afirma algo, entonces se fijan, adquieren brillantez penetrante, resisten a los de su interlocutor; vastísima la frente abovedada se confunde, en el cráneo desnudo, con la calvicie y las canas supervivientes.

Continente austero y severo; grave y reposada la voz, de cate-drático, de hombre acostumbrado a que se le escuche; avaro de la sonrisa, que reservará para la intimidad; parco de ademanes.

La camisa albeante, y el traje de tono obscuro, sin manchas ni arrugas; llano y señoril, sin que el señorío cohíba ni la llaneza autorice confianzas verbales; imponente y cortés sin brizna de orgullo, sin delimitar distancias, antes como apenado de su propia superioridad que procura disimular, hablando como usted y como yo, siempre que no se tercié materia científica o literaria, en que se toma afirmativo.

Nunca cual hoy bendije tanto mi actual investidura, razón y causa del honor que nos dispensó don Marcelino, dignándose ser nuestro guía por entre el caudal de libros que ha de saberse de corrido. Y así anduvimos a su vera, a su sombra diría yo mejor, oyéndolo y deteniéndonos ante los ejemplares y manuscritos raros, ante las valiosísimas ediciones antiguas del Quijote, ante ciertos papeles de gran precio e interés que nos presentó un señor Blesa, encargado del departamento de manuscritos. Llevó don Marcelino su gentileza al punto de obsequiar nuestro pedido y regalarnos con sendos retratos suyos, dedicados y suscritos de su puño y letra.

¡Con razón los que lo han frecuentado le tienen devoción positiva! A mí, en el breve espacio que lo he tratado, me deja una secreta alegría y el convencimiento de que he visto y oído a una auténtica y alta mentalidad de los tiempos presentes.

Copio estas palabras para apreciar el perspicaz «retrato hablado» que, sin frivolidades de revista social, nos ilumina sobre lo físico, la vestimenta y lo humano. Y de todos esos rasgos, gran observación es la de «apeñado de su superioridad». Federico Gamboa no bendijo su investidura cuando cenó con el rey, sino cuando habló con Menéndez Pelayo.

► | **Casino de Madrid**
Calle de Alcalá, 15

Nervo fue uno de los regulares en el Casino de Madrid. Tanto así que parte de su correspondencia la enviaba y la recibía en ese lugar. Luego de la muerte de Ana Cecilia se volvió más retraído y evitó aún más el mundo social. En una carta a Eugenio Labarca fechada en septiembre de 1915, le dice:

Hace mucho tiempo que dejé de ir al Casino de Madrid y la otra tarde, después de casi un año de ausencia, volví casualmente a dejar una tarjeta a un amigo. Se me ocurrió preguntar si había alguna carta para mí y me entregaron la suya... de 27 de marzo de este año.

Algo de buena vida se daba el secretario de la legación, pues hubo quien comentó que se le veía «viviendo una vida elegante y aristocrática, siempre por el Casino de Madrid, haciendo gala de su conversación amena y deleitosa, porque Nervo era uno de los *causeurs* más espirituales que hemos conocido».

La palabra «*causeur*» estaba de moda, significando un buen y culto conversador, lo que en aquellos años eran atributos muy valorados. Azorín y Darío eran grandes *causeurs*. Cuentan que en el funeral de Charles Gounod, se dijo de él:

Causeur maravilloso, pasaba con extraordinaria facilidad de la sutileza a la elocuencia, de lo cómico a lo grave, de la bohemia al misticismo; y en ese campo del arte sutil y difícil de la conversación, tan descuidada hoy en día, acaso sea donde mejor se complete su personalidad tan francesa.

Ya no se acostumbra la palabra *causeur*. Tampoco se acostumbra conversar.

26 MADRID
CASINO DE MADRID



Casino de Madrid. Museo de Historia de Madrid.

► **Real Academia de la Historia (Casa del Nuevo Rezado)**
Calle del León, 21

Un escritor y un diplomático nada son sin conocimientos de historia. ¿Pero qué saben hoy nuestros diplomáticos sobre la historia de las relaciones entre España y México? Apenas lo que no han olvidado de la primaria. Los de Nervo eran tiempos de centenarios: Independencia y Cortes de Cádiz. Eran también tiempos de curiosidad intelectual. Béistegui ostentaba su automóvil; otros tenían sus conocimientos para ostentar.

En una novela titulada *Los balcones*, Nervo tiene un personaje llamado Luis, y en buena medida se entiende que Luis es el propio Nervo. Así, cuando en la narración se dice que Luis estuvo hurgando en los archivos de la Real Academia de la Historia y de ellos copió una lista de «doce animosas mujeres conquistadoras», lo menos que podemos pensar es que Nervo hurgó en esos mismos archivos.

Más relevante para nuestro libro es un informe titulado «La aristocracia española y el cultivo de las letras». Nervo asistió a la ceremonia de ingreso a la Real Academia de la Historia de Juan Pérez de Guzmán y Boza, Duque de T'Serclaes. Ahí estaban la infanta María de la Paz, la princesa Pilar, y una buena cantidad de nobles y aristócratas. La prensa encomió el discurso del nuevo académico y guardó silencio sobre las incómodas palabras que esa misma noche pronunció Francisco Fernández de Béthencourt, heraldista e historiador de la nobleza. Para saber lo que dijo, hay que leer a Nervo. Béthencourt se dirige a la nobleza como una segunda persona del singular. El discurso es largo, pero bastan estas líneas para entenderlo:

Tú ya no piensas. Lo único que haces es jugar al golf, al polo, al tenis... y correr desafortadamente en automóvil... Ahora bien: si no piensas, ya no eres clase directora, porque para dirigir es forzoso saber y pensar y no volver sistemáticamente la espalda a estos campos fecundos, agitándose impotente fuera de ellos.

Termina Amado Nervo su crónica deseando que todos leyeran el discurso de Béthencourt, «pero el trajín de las fiestas y de los deportes no da tiempo más que para ver los fotograbados de las revistas».

► | Regreso a Bailén, 15

Hablemos de José María Alfaro Polanco. Aunque muchas fuentes dicen que nació en 1906, otras tantas y fidedignas aseguran que vino al mundo el 30 de agosto de 1905, o sea, aquel día del eclipse. Con el tiempo, José María Alfaro se volvería periodista, escritor y, como Nervo, también poeta y diplomático. Por razones de apellido, su ficha es la primera que aparece en el *Diccionario de la España franquista*:

Abogado y escritor falangista. Fue miembro de la Junta Política de Falange. La Secretaría de Propaganda le nombró director del periódico falangista *Arriba* al iniciar éste su segunda época (marzo de 1939 con la entrada en Madrid del Ejército de Franco) y ser incorporado a la cadena de prensa del Movimiento. Permaneció en este puesto hasta finales de 1939 cuando fue relevado por Xavier Echarri. Dirigió la Subsecretaría de Prensa y Propaganda. Fue sustituido en diciembre de 1940 por Antonio Tovar. Dirigió la revista *Escorial*. Su novela fundamental es *Leoncio Pancorbo* en donde describe el nacimiento al ideario falangista de un muchacho a través de vacilaciones y dudas.

Escribía versos como:

¿Qué tenebrosa masa de silencio
metiose, carne adentro, en tus entrañas?

Y también:

¡Arriba, escuadras, a vencer!
¡Que en España empiece a amanecer!

¿Por qué es parte de nuestra historia sobre Nervo? Solo por haber sido el poeta chanflón de la lápida que hoy puede verse y leerse en la fachada de Bailén 15, puesta ahí un 22 de marzo de 1947.

► | Carretera de Extremadura

Así se llamaba entonces lo que hoy es el paseo de Extremadura mezclado con la A-5. Prácticamente se dejaba la ciudad atrás a partir de la Puerta del Ángel, y esto movió a Amado Nervo a pensamientos románticos:

... alárgase la carretera de Extremadura, recamada por raros arbolillos, y a cuyos lados alíneanse algunas casas, entre ellas un palacete con dos torres cúbicas... Por la noche, una línea de luces indica la dirección de la carretera. Esas luces, en la obscuridad del campo, tienen algo de fantástico.

Lo cual le hace pensar en:

... aquel extremeño de acero, que fue a México en 1519, bajo el reinado del emperador Carlos V, y que después de peripecias dignas de la *Ilíada*, ya por el heroísmo inmenso de los mexicas, ya por la invencible persistencia de los castellanos, se apoderó, el martes 13 de agosto de 1521, de la augusta persona de Cuauhtémoc, el último monarca azteca, y rindió así a los defensores de la gran ciudad de Tenoch...

En Extremadura vieron la luz muchos de los conquistadores que con don Hernando corrieron esta aventura, una de las más maravillosas que hayan contemplado los límpidos ojos de la Historia.

Esa fue la idea durante muchos años: «esta aventura, una de las más maravillosas que hayan contemplado los límpidos ojos de la Historia». Hoy parece ser otra cosa.

Y muy reveladora y llena de orgullo es la visión de Amado Nervo sobre la Conquista:

Algunos simpáticos madrileños, con ese mismo orgullito, harto disculpable, hanme dicho: «Nosotros que los conquistamos a ustedes...». A lo que yo he respondido con mi habitual sonrisa: ¡Qué nos iban a conquistar ustedes, hombre! Los mexicanos somos descendientes de aquellos españoles osados, aventureros, que jamás conocieron el miedo, que lucharon con todas las intemperies y todas

las asechanzas de las tierras desconocidas y se establecieron allá y allá nos engendraron. ¡Vosotros, los que os habéis quedado en la Puerta del Sol bebiendo mal café y criticando al Gobierno, no nos conquistasteis, vive Dios! ¡Sois nuestros hermanos muy queridos, pero nuestros padres... ca!

Hay que tomar nota.

Y, por lo visto, hace más de un siglo que se bebe mal café en la Puerta del Sol.

► | **Calle del Tutor, 24**

En cierto periódico madrileño de 1907 aparece un anuncio: «Casa nueva. Se alquilan pisos. Tutor 24 barrio Argüelles». El propietario del edificio era Telésforo García. Ese edificio ya no existe.

Telésforo García nació en Puentenansa, Cantabria, en 1844 y habría de morir en la ciudad de México en 1918. En su juventud trabajó en las minas de Liébana, de ahí se embarcó al país más bello del mundo. Pese a ser un intelectual, supo hacer fortuna. Manuel Gutiérrez Nájera, el mismo que fue mal aplaudido en la lectura de su poesía que hizo Amado Nervo en el Ateneo, dijo que era un hombre «lleno de erudición e inteligencia, habituado a buscar con su criterio exacto el lado práctico de las cuestiones» y agregó que daba «lustre y honra a las letras». De su peculio y con donativos de otros españoles compró barcos para la armada. Promovió la educación gratuita y laica. Financió escuelas en su tierra cántabra. Fue amigo y colaborador de Emilio Castelar. Cuando le ofrecieron el título de marqués, dijo, gracias, pero soy republicano. En México «fue acogido por los intelectuales positivistas, entre ellos el polígrafo y ministro de Instrucción Pública, Justo Sierra», con quien llegó a unirle una profunda amistad.

Cuando leemos el *Tirano Banderas*, de Valle-Inclán, aparece casi desde el inicio un personaje llamado don Celestino Galindo. En la edición de Juan Rodríguez, la nota al pie nos dice:

El modelo del gachupín puede ser, según Speratti-Piñero, don Telésforo García, personaje sobresaliente de la comunidad espa-

ñola durante el porfiriato; de hecho, en los fragmentos publicados en *El estudiante* se le llama Telésforo Galindo, y en la primera edición de 1926, aparece en una ocasión cambiado el nombre de Celestino por Telésforo.

Justo Sierra, ese querido amigo de don Telésforo o don Celestino, fue nombrado ministro plenipotenciario de la República Mexicana en la corte de España en sustitución de Juan Antonio Béistegui. Habría de llegar a Santander en el vapor Corcovado el 16 de mayo de 1912. La prensa lo presentó así:

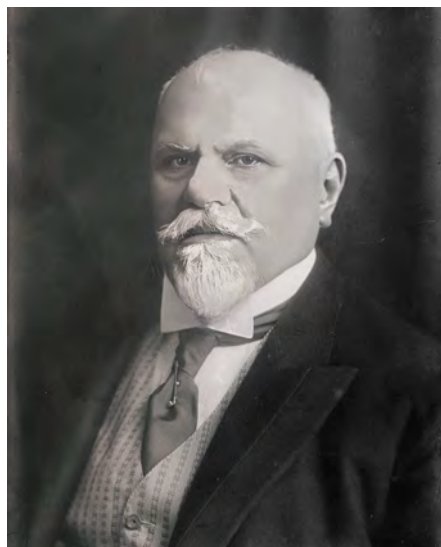
El señor Sierra es un eminente literato, historiador, poeta y sociólogo cuyas notables obras le han proporcionado envidiable reputación. Es también un hispanófilo ilustre, muy amante de España, que en diversas ocasiones dio pruebas elocuentes de su afecto y admiración a nuestro país.

Justo Sierra se dirigió a Francia, a San Juan de Luz; pues el rey estaba de veraneo en San Sebastián. Ahí esperó la ocasión para cruzar la frontera y recibir sus cartas credenciales. Lo relata Agustín Yáñez:

El rey, dando muestras de deferencia al maestro, dispone que la entrega de credenciales se haga en el palacio de Miramar, con las solemnidades de rigor, el 15 de agosto. Cambiados los discursos protocolarios, el monarca charla llanamente con don Justo y se interesa por sus trabajos literarios. Luego la reina madre, doña María Cristina, recibe en sus estancias al maestro mexicano, con quien departe llena de amabilidad.

Pero Justo Sierra está enfermo. Regresa a Francia. Va a Lourdes: «Fui a ver, si podía; y a orar, si podía; vi algo y no sé si oré; pero lloré algo».

Por fin llega a Madrid. Tenía que preparar un discurso para el centenario de las Cortes de Cádiz. En eso estaba trabajando cuando la muerte entró luego de estar tocando durante buen tiempo. Era una madrugada de tormenta del viernes 13 de septiembre.



Justo Sierra. Ministro plenipotenciario de México en España

El excelentísimo señor don Justo Sierra, ministro plenipotenciario de los Estados Unidos Mexicanos, nombrado embajador en misión especial para el Centenario de las Cortes de Cádiz, ex Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes de México, Gran Cruz de la R. O. de la Corona de Italia, comendador de número de la Real y Distinguida Orden de Carlos III, Comendador de la Legión de Honor, presidente de la Academia Mexicana de la Lengua, correspondiente de la Real Española, etc. ha fallecido el 13 de septiembre de 1912.

La casa mortuoria no era otra que la ubicada en la calle del Tutor 24, de la que ya antes nos había hablado Federico Gamboa, cuando se hospedó ahí el año anterior.

La prensa publicó una fotografía de tal evento en la que un grupo de hombres con galas civiles y militares se reúne para la ocasión. En primera fila puede verse a Amado Nervo.

El aviso de la prensa participa «a sus amigos tan sensible pérdida, rogándoles encomienden su alma a Dios y asistan a la conducción del cadáver», partiendo a las cinco de la tarde «desde la casa mortuoria». Termina

con una exhortación con la que remataban las esquelas en aquellos días: «Se suplica el coche».

Lo del coche era para formar una procesión con bonitos carruajes y finos caballos. Si los dolientes iban a pie detrás del féretro podrían pensar los madrileños que el muerto era de medio pelo. Eso sin contar que para ir de Tutor 24 al camposanto era caminata de una hora.

A don Justo lo metieron en un ataúd «de ébano y terciopelo negro» y lo montaron en una «carroza estufa» tirada por seis «caballos empenachados». La solemnidad musical la puso la banda de música del Batallón de Cazadores Barbastro con la infaltable marcha fúnebre de Chopin, y a paso lento lo llevaron al cementerio de San Justo. Ahí descansó una semana.

Apenas habían pasado treinta y ocho días desde que recibió sus cartas credenciales. Volvió a Santander ya sin alma para que lo embarcaran en el Espagne.

Amado Nervo se ocupó de los trámites. Un poeta puede escribir «El día que me quieras, los sotos escondidos resonarán arpegios nunca jamás oídos» o «Callaba mi laúd cuando despliega cada estrella purísima su broche», pero también puede escribir: «Cadáver embalsamado, féretro debidamente cerrado, flete pagado, no hay aranceles que solventar».

En México lo enterraron en el panteón jardín. Más tarde, le dieron su tercer entierro en la Rotonda de los Hombres Ilustres.

No fue don Justo Sierra el primer ministro mexicano que había muerto en Madrid. En 1896, el ministro en funciones Vicente Riva Palacio había sufrido la misma suerte y paró en el mismo cementerio de San Justo. También fue exhumado y llevado a México para descansar en la Rotonda de los Hombres Ilustres.

Ya lo había dicho Federico Gamboa: «Un embajador mexicano puede morir en su puesto, pero nunca desmayarse». A aquel embajador ruso le ocurrieron las dos cosas: se desmayó y luego se murió «después de rápida dolencia».

Para el centenario de la Constitución de Cádiz llegó de Berlín el viejo conocido de España: Francisco A. de Icaza, y marchó a los festejos con Salvador Díaz Mirón y, por supuesto, con Amado Nervo.

El que no quiso ir fue Alfonso XIII, por estar de luto. Y es que diez días después de la muerte de Justo Sierra, apenas cuando su barco mortuorio había salido de Santander, todo Madrid se volvió un velorio con el fallecimiento de la infanta María Teresa de Borbón.

► **Legación Mexicana 1917-1918**
Marqués de Villamagna, 4

Las oficinas de la legación mexicana dejaron su sede en la calle del Españolito y se mudaron en 1917 a la calle del Marqués de Villamagna 4, compartiendo fachada con una distribuidora de automóviles Packard. El edificio se había construido en 1870, en la manzana 205 del Ensanche, nombre con que se conocieron las zonas destinadas a ampliar la ciudad durante las próximas décadas a partir de un plan de 1857. Actualmente, hay un hotel en esa dirección.

El nuevo ministro plenipotenciario era Francisco A. de Icaza, un viejo conocido de los españoles, pues ya había sido jefe de la legación en años anteriores a la llegada de Amado Nervo y, como dijimos, fue el representante de México para la ceremonia del matrimonio real. Francisco A. de Icaza fue historiador, crítico literario, miembro de la Academia Mexicana de la Lengua, cervantista. También fue poeta. Cuatro versos suyos están entre los mejor conocidos en España:

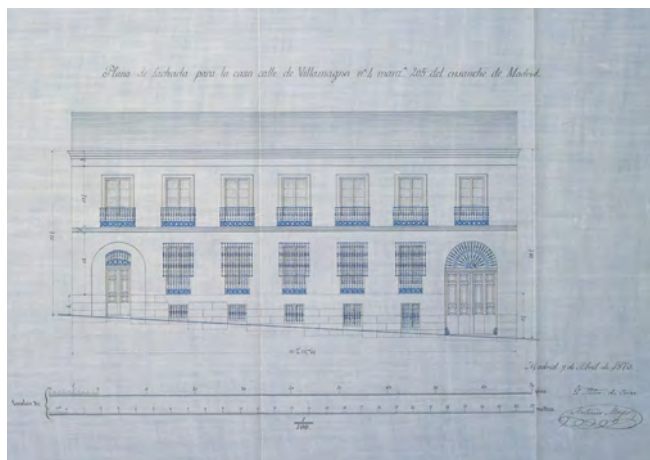
Dale limosna, mujer,
que no hay en la vida nada,
como la pena de ser
ciego en Granada.

Icaza escribió extensamente sobre Mateo Alemán, Juan de la Cueva y Gutierre de Cetina, famoso por:

Ojos claros, serenos,
si de un dulce mirar sois alabados,
¿por qué si me miráis, miráis airados?

Gutierre de Cetina habría de morir por la espada en la ciudad mexicana de Puebla de los Ángeles debido a un asunto de faldas. Sus propios versos sirven de epitafio:

De mí dirán: «Aquí fue muerto un hombre:
La vida le faltó, no la osadía».



Casa Legación Mexicana. D. Francisco Maroto, Licencia para edificar en la calle de Villamagna, nº 4, manzana doscientas cinco del Ensanche. Archivo de Villa. Ayuntamiento de Madrid.

Cuentan que el poeta Francisco A. de Icaza no se llevaba bien con el poeta Amado Nervo. Dos poetas son mucho para una pequeña legación. Antonio Machado escribió que Icaza tenía «perfil de virrey»; Eugenio de Castro dijo que Nervo tenía «perfil de caballero del Greco».

Ambos perfiles habían trabajado en 1913 para que el gobierno español reconociera al usurpador Victoriano Huerta, quien llegó a la presidencia de México tras mandar asesinar al presidente Francisco I. Madero y al vicepresidente José María Pino Suárez. En una carta, Amado Nervo dio su parecer sobre la situación en esos tiempos: «Parece que lo de México se va arreglando y que tendremos paz. ¿No clamábamos por una mano de hierro que dominara la anarquía espantosa en que hemos vivido desde fines de 1910? Pues allí está la mano de hierro».

Francisco A. de Icaza habría de volverse un madrileño. En su momento presidió la Sección de Literatura del Ateneo de Madrid, tal como Emilia Pardo Bazán; y en cierta conferencia tuvo la osadía de acusar a la condesa de plagio: «Los libros de la Sra. Pardo Bazán, aunque sean hijos suyos, tienen padre». Ya le llegaría a Icaza el tiempo en que él mismo sería señalado por plagio.

Falleció el 28 de mayo de 1925 en su casa de Hermosilla 18. Lo enterraron en el cementerio del Este, que hoy se llama Nuestra Señora de la Almudena.

► **Palacio de Parcent**
Calle de San Bernardo, 62

En el 62, antiguamente 72, de la calle San Bernardo, se encuentran hoy algunas oficinas del Ministerio de Justicia. A tal edificio se le conoce como el palacio de Parcent, aunque ha tenido otros nombres, incluyendo el que nos interesa ahora: el palacio de Yturbe, pues perteneció al millonario mexicano Manuel de Yturbe y del Villar, entonces ministro plenipotenciario de México en España. Estableció la legación en el palacio y, como coleccionista, llenó sus paredes con obras de arte. Yturbe o Iturbe, habría de morir durante un viaje a París en 1904.

Entonces la prensa madrileña publicó: «Se han hecho reminiscencias de las fastuosas recepciones que el finado daba en sus magníficas residencias de Madrid, cuyo lujo llegó a compararse con las fantásticas narraciones de los cuentos de hadas».

Cuando llegó Amado Nervo a Madrid, el palacio ya no era la legación mexicana, sino propiedad particular de la viuda, Trinidad von Scholtz Hermensdorff, duquesa de Parcent; pero seguía siendo un lugar de reunión de la alta sociedad y no sería raro encontrar ahí a Juan Antonio Béistegui; así como de veladas literarias, en las que veríamos al secretario poeta. Doña Trinidad fue una gran promotora de las artes y la cultura, y ciertamente no se dedicó a jugar golf.

El palacio sería herencia para la hija del matrimonio, María de la Piedad de Yturbe, marquesa de Belvís de las Navas.

El 7 de abril de 1912, exactamente a los tres meses de que muriera Anne Cecile Dailliez, se incendió el teatro enfrente del palacio de los Yturbe. Solo quedaron las cenizas. Era el mismo que había tenido gran éxito con *La boda de Chipilín*.

El teatro se hallaba tan próximo, que doña Trinidad y María de la Piedad habrán escuchado la pegajosa música:

¡Ay, Chipi, Chipi, Chipi, Chipilón!

¡Ay, Chipi, Chipi, Chipi, Chipilón!

O aquella, más poética aún, que decía:

Catapún kirikí,
catapún kirikí,
catapún catapún,
chin chin.

Un año después, el 13 de abril, se levantó ahí un nuevo teatro «sobre las cenizas de aquella barraca que se llamó Noviciado y donde se representaron tantas obras atentatorias contra el arte».

Luego de tanto tiempo, estafeta de títulos, matrimonios, muerte e incendios, no nos queda sino remojar el pan en el exquisito aceite Belvis de las Navas.

► | **Teatro Real** Plaza de Isabel II

Como es de esperarse, Amado Nervo fue un espectador regular en el Teatro Real. Hizo una crónica de su primera visita el 25 de octubre de 1905.

Pero la que ha eclipsado a todas las galas fue la del Real, y no tanto por los quilates de la pieza puesta en escena, el «archiviejo» *Barbero de Sevilla*, ni por el valer, que es mucho, de los intérpretes de la obra, sino por la belleza de la sala.

El teatro Real es de suyo hermoso y elegante. Imaginadlo ahora todo cubierto de flores y ocupado por la Familia Real, por toda la Corte, por todo el Cuerpo diplomático, por todos los grados militares, desde el cadete de dormán gris y pelliza negra, hasta el relampagueante general de división, y por toda la aristocracia madrileña. El palco real es muy bello, pero acaso demasiado grande: se come a los otros, los subordina y eclipsa con demasiada ostentación.

Pasa a hablar del rey y la reina madre y todas las personalidades. Menciona a «las mujeres más bellas de Madrid» y aprovecha para adular a la mujer de su jefe: «entre ellas la señora de nuestro ministro, que es de las más hermosas y de las que mejor se visten en la Corte».



Teatro Real. Biblioteca Regional de Madrid.

Vale la pena echarle un ojo al elenco:

La lisboeta Regina Pacini, que «gusta mucho en Madrid; es la consentida de este público» hizo el papel de Rosina y diecisiete años después se convertiría en la primera dama de Argentina.

Elena Lucci la hizo de Berta, era originaria de Madrid y en realidad se llamaba Elena Morales Atienza.

El conde Almaviva fue el bilbaíno Florencio Constantino, que triunfó por todo el mundo, pero luego se arruinó cuando siete años después, en ese mismo papel, cantó «*Eh andate al diavolo!*» y le sacó el ojo con una espada al italiano Giovanni Gravina, que hacía el papel de don Bartolo. Hubo de indemnizarlo con cincuenta mil dólares, y Gravina murió pocos días después por la herida. Más tarde, Constantino estropeó una premier cantando borracho y olvidándose de las letras. De él tendremos algo que decir más adelante.

Mattia Battistini, el Fígaro, vivió en Madrid; aparece en las guías de 1905 a 1907 como Matías Batistini, con domicilio en Farmacia 12. Quien haya tenido como vecino a un cantante de ópera sabe lo que eso significa.

Para Antonio Baldelli ese papel de don Bartolo fue el último de su carrera.



Banco Hispano Americano. Biblioteca Regional de Madrid.

► Banco Hispano Americano

Calle de Sevilla 1

El banco fue fundado en 1901 sobre todo con capital de empresarios españoles que habían hecho negocios en México, encabezados por Antonio Basagoiti, que radicó más de cuarenta años en tierras aztecas y sería el presidente de la institución hasta su muerte en 1936. Pronto se pusieron a buscar una sede y mediante una subasta adquirieron «los famosos solares de la calle de Sevilla, aquellos solares que dieron motivo a la ruidosa campaña del caballeroso marqués de Cabriñana». El Banco Hispano Americano ofreció «sesenta mil duros más» que los demás postores. Se pusieron a construir de inmediato el edificio junto con obras de urbanización de modo que «la hoy todavía angosta plazoleta de las Cuatro Calles pasará a ser la más elegante plaza de Madrid».

Buena parte de las transacciones monetarias de la legación mexicana se hacían en el Banco Hispano Americano. Ahí se tenían las cuentas y se recibían los dineros venidos desde el otro lado del océano mediante giros telegráficos.

Nervo nos habla del edificio ya terminado:

Hay en la esquina de la elegante y hermosa calle de Sevilla y la carrera de San Jerónimo un edificio suntuosísimo, cuya fachada se encorva en ancha línea limitando en gran parte la plaza de Sevilla.

Ese edificio, donde se reúnen todo el confort y toda la elegancia de los mejores de su género en Estados Unidos, se llama Banco Hispano Americano, y es un hermoso pedazo de México enclavado en el corazón de Madrid.

Cuando los mexicanos entramos por la gran puerta central, a cuyos lados, desde dos hornacinas, nos miran con austera mirada inmóvil dos admirables estatuas que representan el Cálculo y la Economía, nos sentimos absolutamente en nuestra patria. Desde las respetuosas inclinaciones de los ujieres hasta la deferente sonrisa de los empleados y la cordialidad franca de los jefes, todo contribuye a esta ilusión...

En general, basta entrar al Banco Hispano Americano para estar al tanto de todo lo que ocurre en la Patria.

Ahí, sobre una mesa, entre muchos periódicos financieros, negrean los títulos de nuestro *Mundo e Imparcial*; algunas cotizaciones de nuestro mercado se reciben por cable, y excusado es decir que no hay noticia de real importancia que no se reciba por cable también.

Sí, os aseguro que allí se siente uno en México, y para que la ilusión sea más completa, basta oír esta frase, asaz frecuente en los labios de algunos de los miembros del Consejo de Administración del banco: «Nosotros, los mexicanos de acá...».

El Banco Hispano Americano se menciona en novelas de Camilo José Cela, Arturo Pérez Reverte, Ignacio Martínez de Pisón, Álvaro Pombo y seguro que otros más.

Al pasar las décadas acabaría fusionándose con el Banco Central para formar el Banco Central Hispanoamericano, o BCH.



Estación del Norte. Biblioteca Regional de Madrid.

► **Estación del Norte**
Paseo de la Florida, 2

Quien haya sido secretario de alguna embajada sabe que entre sus responsabilidades está la de recibir gente. Amado Nervo escribió:

En estos días de verano el salón de recibir de Madrid es... la estación del Norte. Como todo el mundo se va, el trajín, el movimiento que allí hay no es para contarlo. Pero la hora clásica de la estación del Norte es de siete cuarenta a ocho de la tarde, porque en estos días no anochece nunca.

A las ocho en punto parte el sudexpreso, el tren de lujo que en veintiséis horas escasas lo deja a uno en la estación de Orleáns, en la margen izquierda del Sena, frente al Louvre...

Ese tren es el que va regando por los Pirineos franceses y españoles a los innumerables viajeros aristocráticos que dejan la Corte; que lleva diariamente a Biarritz buena suma de ricos desocupados; el que vacía sobre San Sebastián cada año la mitad de Madrid.

Así, pues, la gente bien relacionada, en cuanto empieza a caer la tarde, pide el coche y se dirige a la estación del Norte. No para tomar el tren, es claro, sino «para saludar a sus conocimientos».

En otro artículo, Nervo habla de esas multitudes que van a Biarritz, pero «los árbitros de la elegancia han decidido que bañarse en el mar es cursi». Se podía ir al casino, a los clubes de alto nivel, hacer excursiones en automóvil, tomar el sol y hasta hacer alguna tertulia en la playa, «pero el que se bañe en el mar pierde su reputación».

Los viajeros que venían de México a España llegaban a algún puerto del norte y de ahí bajaban a Madrid. Por ejemplo, el Ipiranga, barco en el que salió Porfirio Díaz a su destierro, viajaba de Veracruz a Hamburgo, deteniéndose en los puertos de la Habana, la Coruña, Santander, Plymouth, el Havre y Hamburgo. Podían también tomarse barcos a Nueva York y de ahí transbordar en cualquiera de los muchos que viajaban a Europa.

El recibimiento más apoteósico en la estación del Norte en el que participó Amado Nervo fue la llegada de Federico Gamboa en su embajada de 1911, donde hubo desfile, banda de música y las más altas autoridades civiles.

► | Teatro de la Comedia

Calle del Príncipe, 14

Entre sus muchas visitas a los teatros de Madrid, Nervo hace una breve crónica sobre un par de conciertos que ofreció Ignacy Jan Paderewski en el teatro de la Comedia, en mayo de 1906. Cuenta que el teatro «se vio repleto a pesar de las entradas un poquito caras para Madrid, donde, ya lo he dicho, el teatro es barató».

Una nota curiosa apareció el día de uno de los conciertos de Paderewski:

Dos espectáculos de distinta naturaleza se disputan esta noche la atención del público madrileño: el segundo concierto del insigne Paderewski, en la Comedia, y las focas músicas del circo Parish.

Con el respeto debido al genio del gran pianista polaco, dejando sentada la admiración que nos inspira el talento del virtuoso



Teatro de la Comedia. Archivo ABC.

ilustre, debemos decir que la sociedad favorecerá con preferencia el espectáculo de las focas.

El circo de Parish celebra esta noche su tercera gran gala de moda, y sabido es que en las listas de ese abono figuran casi todas las señoras conocidas.

Por esta vez. La música ratonera de los espectáculos gimnásticos vencerá a la de los grandes maestros.

En efecto, la prensa dedicó más notas a las focas amaestradas que al pianista. Un periódico decía: «En el circo de Parish hay ahora unas focas que hacen juegos malabares, equilibrios, tocan el bombardino y les falta poco para pronunciar discursos y presidir asambleas o consejos de ministros». En otro se escribió que «juegan a la pelota, realizan equilibrios inverosímiles y producen la duda de si son personas disfrazadas».

Sabemos que Nervo desechó a las focas musicales. Hizo la crónica del concierto en el teatro de la Comedia, y ante ciertas críticas por el modo en que el virtuoso polaco interpreta a Beethoven, pregunta: «¿Quién puede reprocharle que siendo Paderewski toque a Beethoven *alla Paderewski*?». Juiciosamente dice: «Ignoro si Paderewski respeta a Beethoven, pero yo sí respeto a Paderewski». Remata el artículo contando que Paderewski había tomado la costumbre de cobrar cinco francos por cada autógrafo: «¿Y sabéis qué hace con este dinero? ¡Pues lo envía a Varsovia para un monumento a Chopin!».

Quizás era un truco de Paderewski para recaudar dinero entre melómanos, pues sabemos que usó esos dineros para levantar en Cracovia el monumento que conmemoraba quinientos años del triunfo de los polacos sobre los teutones en la batalla de Grunwald en 1410.

► **Hotel Ritz** Plaza de la Lealtad, 5

Llegó el momento en que Amado Nervo dejaría la legación de México en España para dirigirse a un nuevo puesto diplomático, como ministro plenipotenciario de México en Argentina y Uruguay.

Hace poco tiempo, cuando echaron de la embajada mexicana al escritor Jorge F. Hernández, lo despedimos en una taberna de tapas. Pero en 1918, las cosas eran distintas, y despidieron a Amado Nervo en el Ritz.

En la tarde de ayer, y con toda solemnidad, se celebró el banquete de despedida con que los intelectuales españoles, en unión de sus admiradores, obsequiaron al glorioso poeta mexicano Amado Nervo.

El poeta se sentó entre los literatos Antonio de Valbuena y vizconde de Eza, el que, terminada ya la comida, hizo, con palabras cálidas y fervorosas, el elogio de la obra del insigne poeta. Este se levantó a hablar, pronunciando, visiblemente emocionado, un estupendo discurso en el que hizo afirmaciones que la concurrencia premió con delirantes palmas.

Pronto se montó en un barco rumbo a Veracruz.



Hotel Ritz. Biblioteca Regional de Madrid.

Las gaviotas blancas revuelan. Se me antoja que son pañuelos
que se escaparon de finas manos temblorosas. Pañuelos que
decían «adiós», adioses que nos siguen en el viento, adioses que
se volvieron palomas...

ALGO SOBRE LA MUERTE DEL POETA NERVO



Tumba de Amado Nervo en el panteón civil del cementerio de Dolores, México. Thelmadatter. CC BY-SA 3.0.

En Santo Domingo hay un monumento que celebra el día en que el buque de guerra 9 de Julio, de la armada Argentina, saludó a la bandera de República Dominicana el 20 de enero de 1920. ¿Tiene algo que ver con Amado Nervo?

Amado Nervo dejó su puesto de la legación en abril de 1918. Para que los españoles no extrañaran los versos, dejó en su puesto al poeta Luis G. Urbina, y se embarcó en Santander rumbo a México en el María Cristina. Eran los meses finales de la Primera Guerra Mundial, los meses iniciales de la gripe española.

Muy pronto saldría rumbo a su puesto como ministro plenipotenciario de México en Argentina y Uruguay. Cuando hubo presentado sus cartas credenciales, le restaban cincuenta y ocho días de vida.

Viajó de Buenos Aires a Montevideo para asistir al Congreso Americano del Niño. Ahí, le vino un ataque de uremia y murió el 24 de mayo de 1919.

Ningún lugar tan común como recordar en este momento su poema «En paz».

Muy cerca de mi ocaso, yo te bendigo, Vida,
porque nunca me diste ni esperanza fallida
ni trabajos injustos, ni pena inmerecida;

Porque veo al final de mi rudo camino
que yo fui el arquitecto de mi propio destino;
que si extraje las mieles o la hiel de las cosas,
fue porque en ellas puse hiel o mieles sabrosas:
cuando planté rosales, coseché siempre rosas.
... Cierto, a mis lozanías va a seguir el invierno:
¡mas tú no me dijiste que mayo fuese eterno!
Hallé sin duda largas las noches de mis penas;
mas no me prometiste tú sólo noches buenas;
y en cambio tuve algunas santamente serenas...
Amé, fui amado, el sol acarició mi faz.
¡Vida, nada me debes! ¡Vida, estamos en paz!

En Argentina, en Uruguay, se declararon tres días de duelo y banderas a media asta. Las ceremonias fúnebres fueron encabezadas por el presidente de Uruguay. En la crónica de su cercana revista de la Unión Ibero-Americana, se lee:

Durante todo el día desfiló gentío numeroso por la capilla ardiente, instalada en la sala principal del Rectorado de la Universidad. Con arreglo a lo dispuesto, se tributaron honores militares para el acto del sepelio.

Desde la escalinata de la Universidad, el ministro de Instrucción Pública, doctor Mezzera, pronunció sentida oración necrológica. Depositado el ataúd, cubierto con los pabellones de México y del Uruguay, sobre una cureña dispuesta al efecto, el cortejo se puso en marcha.

Una inmensa concurrencia asistió al entierro y numeroso público presencié el paso de la comitiva.

En el cementerio se pronunciaron discursos y se recitaron versos en honor de Nervo.

Lo sepultaron en el cementerio Central. Era apenas el inicio del periplo de ese cadáver que tomaría la altura de una reliquia religiosa.

Meses después, se embarcarían los restos del poeta rumbo a México, pero no sería un viaje apacible, pues los gobiernos de Brasil, Venezuela y Cuba:

... con el fin de rendir un homenaje en memoria del extinto poeta Amado Nervo, se han dirigido al gobierno de Uruguay, indicándole que a ser posible, el vapor Uruguay, que trasladará el cadáver, toque los puertos de Río de Janeiro, la Guaira y La Habana, pues se desea reverenciar a los restos ilustres con un solemne homenaje que les tributarán las autoridades de los puertos indicados.

Se anunció que los restos llegarían en agosto..., luego septiembre... Al fin se hizo oficial que los restos saldrían de Montevideo el día 4 de septiembre, pero ese mismo día se pospuso el embarque por causas de fuerza mayor. Entre tanto, Argentina cambió el barco que escoltaría al Uruguay. No será el Pueyrredón, se notificó, sino el 9 de julio. Al fin, el 13 de septiembre, el presidente de Uruguay, Baltasar Brum, despidió al poeta inmóvil. El propio presidente se despediría de la vida años después, pegándose un tiro en el corazón y gritando «¡Viva la libertad!».

El viaje se había alargado porque más honras querían dedicarle al poeta: Río de Janeiro, Pernambuco, Trinidad, La Guaira, Kingston, La Habana, Progreso y, finalmente, Veracruz. Pero más se alargaría, pues sufre contratiempos toda aventura en la que haya un mexicano involucrado. Tan pronto salió de Río de Janeiro, el Uruguay sufrió la ruptura de una hélice y hubo de volver para las reparaciones pertinentes, que tardarían una semana.

Para esas fechas, ya había en el país muchas calles que se llamaban Amado Nervo, aunque por suerte no había procedido la idea de algunos legisladores de cambiarle el nombre al estado de Nayarit por el de Amado Nervo. No con la calentura del momento, pero en 1944 el Ayuntamiento de Madrid habría de bautizar Amado Nervo una calle saliente de la avenida Menéndez Pelayo que en su prolongación cambia su nombre a Ángel Ganivet.

Y al fin, el 10 de noviembre, casi seis meses después de su muerte, llegó el cadáver enamorado de una muerta a las costas mexicanas. Ahí nadie conocía *La boda de Chipilín*, pero en tal caso, la multitud que se agolpaba en el puerto de Veracruz hubiese clamado:

El barco está a la vista
ha dicho ya el vigía,
en él llega el monarca
de la Isla Chipilina.

Un buen Pedro Sánchez escribió:

¡Qué cansado, pero qué cansado estará este espíritu de tanto ir y venir, de tanto sonar de trompetas, de tanto humo vano! ¡Con qué ansia esperará el instante en que los sepultureros dejen caer sobre su ataúd la última paletada de tierra y desaparezca del escenario del mundo lo que él fue!

Ahí estaban todas las autoridades de varios países para recibir el cadáver, pero... comenzó a soplar tanto viento que se hizo imposible atracar y hubieron de esperar al día siguiente. «El comandante del Uruguay manifestó que su barco estuvo a punto de naufragar debido al norte que los sorprendió en medio de la bahía». El encabezado de la prensa hubiese dicho: «Mueren todos los ocupantes del buque uruguayo. Sólo uno se salvó... del olvido».

Volvemos a Carlos Monsiváis:

El 14 de noviembre la comitiva fúnebre llega a la capital. Según algunos, trescientas mil personas contemplan el cortejo, casi la tercera parte de la población del D.F. Incluso si la mayoría acude por curiosidad y por las brumas de la leyenda, se trata del entierro mexicano del siglo xx, superado en número y en fervor al de los políticos más admirados y aun al de artistas mitológicos, como Pedro Infante y Mario Moreno Cantinflas. Su destino final es la rotonda de los Hombres Ilustres del Panteón de Dolores.

A poca distancia, desde una celda del manicomio de Tlalpan un tenor sin voz se empeñaba en sacar notas del Fausto desde su garganta moribunda. ¿Recordamos a Florencio Constantino, que hizo el papel del Conde de Almaviva en aquella velada del teatro Real? Había llegado seis meses antes a México para tratar de salvar una carrera zozobrada, cuando ya era un «guiñapo artístico» por el paso del tiempo y por «un ferviente culto dionisiaco». Tuvo dos conciertos. En el primero perdió la voz, en el segundo perdió la razón.

Había terminado la romanza de *La Bohème*, cuando el director, la orquesta, el público, ven con espanto que Constantino seguía can-

tando, cantando. Su rostro ofrecía una mueca extraña, demencial. Y surgió en pleno escenario el ataque de locura. En pleno escenario, también, hubo que ponerle la camisa de fuerza.

«Sufría», como dijo un periodista, «la sublime gloria de la locura que le hace olvidar su fracaso». Lo condujeron al manicomio. *E il cervello, poverello, già stordito, sbalordito, non ragiona, si confonde, si riduce ad impazzar.* Y, mientras colocaban la lápida en la tumba de Amado Nervo, Florencio Constantino estuvo seguro de dar un sublime do de pecho cuando los médicos solo escucharon el último estertor de la vida que se va.

En la áspera prensa mexicana se les dio así el RIP a Nervo y a Constantino: «Ahora el cerebro de uno y la garganta del otro yacen en el fondo de una tumba, podridos y malolientes».

Lo único memorable del Congreso Americano del Niño fue que se murió Amado Nervo; tal como lo único memorable del Mundial del 2006 fue el cabezazo de Zidane.

Amado Nervo proclamó desde sus versos:

¡Renombre, renombre, vete! Muchos quieren
que halagues su oído;
muchos que se mueren
de hambre y sed de elogios... Olvídame a mí,
con un gran olvido:
como si jamás hubiera existido.
... Y no hagas ruido,
que estoy bien así.

En vida lo calificaron de insigne, preclaro, egregio, eximio vate, excelso líróforo. Curioso es que con el paso de cien años, buena parte de esos adjetivos se fueron contaminando de ironía, de tal modo que ya no sirven para encomiar.

Los insultos tienen larga vida y los elogios se desgastan. En un arranque de ira, don Quijote dice a Sancho: «¡Oh bellaco villano, mal mirado, descompuesto, ignorante, infacundo, deslenguado, atrevido, murmurador y maldiciente!», denuestos que poco se utilizan hoy, pero que mantienen su reciedumbre.

Algo del paso de esos cien años se leen en la poesía de Nervo, que hablaban de «eglantina de su boca», «ruego uncioso», «aljófaro del campo», «asceta yermo», «sol auricadente», «noche radiosa», «luz de un astro zahorí», «esencia arcana», «mal proficuo», «linfas ignoradas», «pórtico del alcázar de ensueño de los gnomos», «granjas úberes», «turiferario santo», «púrpura augusta», «gérmes ignotos», «bólide luciente», la «cuadriga de hipogrifos airados», y el famoso «trigo garzul».

Si bien, él mismo se percató de esto y fue desviándose de aquel estilo en el que «solía tomar suavemente el pelo a algunos de mis lectores escribiendo mallarmeísmos que no entendía ni el Sursum Corda».

Ahora que me espanta el estilo gerundiano; que me asusta el rascacuerismo de los adjetivos vistosos, de la logomaquia de cacatúa, de la palabrería inútil; ahora que busco el tono discreto, el matiz medio, el colorido que no detona; ahora que sé decir lo que quiero y como lo quiero; que no me empujan las palabras sino que me enseño de ellas; ahora, en fin, que dejo oscuro el borrador y el verso claro, y llamo al pan, pan, y me entiende todo el mundo.

Amado Nervo murió poeta. Durante su vida, sobre todo, escribió prosa.

De regreso a casa, al 9 de julio le hizo falta cargar combustible y se dirigió a República Dominicana. Por voluntad intervencionista de Woodrow Wilson, gringo había de ser, el país había sido ocupado por los Estados Unidos desde 1916, y en el puerto de Santo Domingo oscilaba la bandera del invasor. El capitán del barco argentino envió un cable urgente para preguntar a su gobierno: «¿A qué bandera debo saludar?». Y la respuesta del presidente Yrigoyen fue clara: «Saludar al pabellón dominicano en reconocimiento a su independencia y soberanía».

Wilson también había invadido México en 1914, y Amado Nervo pidió al gobierno mexicano que le descontara cierta cantidad de su sueldo para contribuir «a la paga de dos de nuestros soldados, en tanto dure la guerra con los Estados Unidos». Le hubiese dado gusto ver el 9 de julio izando la bandera dominicana.

Los barcos volvieron a sus patrias. Amado Nervo descansó en la Rotonda de los Hombres Ilustres, el sepulcro de su segunda muerte. Hubiese preferido reposar en el de su muerte primera, allá en Madrid,

en el cementerio Sacramental de San Lorenzo, nicho 213, la tumba de los amantes inmóviles.

Catapún kirikí,
catapún kirikí,
catapún catapún,
chin chin.

CRONOLOGÍA

- 1870 Nace el 27 de agosto en Tepic, Nayarit.
- 1883 Muere su padre, forzándolo a asumir responsabilidades familiares.
- 1891 Ingresa en el seminario de Zamora, Michoacán, donde cursa ciencias y filosofía.
- 1894 Se muda a la Ciudad de México. Comienza a colaborar en la *Revista Azul*.
- 1895 Publica *El bachiller*, novela.
- 1898 Publica *Perlas negras*, poesía.
- 1900 Viaja a París como corresponsal del periódico *El Imparcial*. Allá conoce a Rubén Darío.
- 1901 El 31 de agosto, conoce en París a Ana Cecilia Luisa Dailliez.
- 1905 Es nombrado segundo secretario de la legación de México en Madrid. Llega a España el 29 de agosto.
- 1906 Primera presentación de Amado Nervo en el Ateneo de Madrid. Muere la madre del poeta en México.
- 1909 Es ascendido a primer secretario de la legación mexicana en Madrid.
- 1910 Se conmemora el centenario de la Independencia de México. Amado Nervo publica *Juana de Asbaje*. Inicia la Revolución Mexicana.
- 1912 Fallece Ana Cecilia el 7 de enero. Es sepultada en el cementerio Sacramental de San Lorenzo, en Madrid.
- 1914 Tras llegar Venustiano Carranza a la presidencia, Nervo pierde su puesto en la legación. Pronto habrá de recuperarlo. Publica *Los balcones*.
- 1918 Publica *Plenitud*. Deja su puesto en Madrid y va a México. Se le nombra ministro plenipotenciario de México en Argentina y Uruguay.
- 1919 Publica *El estanque de los Lotos*, en Buenos Aires. Fallece el 24 de mayo en Montevideo, Uruguay, a causa de una uremia.
- 1920 Comienzan a publicarse sus obras completas, a cargo de Alfonso Reyes. Llegan los restos de Amado Nervo a México. Es enterrado en la Rotonda de los Hombres Ilustres.

BIBLIOGRAFÍA

- ARIAS SERRANO, Laura: «El asunto Beistegui y sus silencios», Museo Nacional del Prado, Madrid, 2023.
- CURIEL DEFOSSÉ, Fernando: *Justo Sierra: últimas jornadas de un héroe civil*, Universidad Nacional Autónoma de México, 2020.
- DEL PASO, Fernando: *Noticias del Imperio*, Diana, México, 1989.
- DURÁN, Manuel: *Genio y figura de Amado Nervo*, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1968.
- ESPINOSA BLAS, Margarita; BAROLIN, EZEQUIEL Fabricio: «Diplomáticos porfiristas en Madrid entre lo público y lo privado», Universidad Autónoma de Querétaro, 2021.
- FOGELQUIST, Donald F.: *Espanoles de América y americanos de España*, Gredos, Madrid, 1968.
- GAMBOA, Federico: *Mi diario*, Guadalajara, 1920.
- GUTIÉRREZ NÁJERA, Manuel: *Obras IX*, Ed. Ana Elena Díaz Alejo, Universidad Nacional Autónoma de México, 2002.
- ICAZA, Francisco A. de: *Cancionero de la emoción fugitiva*, Ed. y estudio preliminar Efrén Ortiz Domínguez, Fondo de Cultura Económica, México, 2014.
- JIMÉNEZ AGUIRRE, Gustavo: *Escritores en la diplomacia mexicana*, SRE, México, 1998-2002.
- JIMÉNEZ, Guillermo; GONZÁLEZ DE MENDOZA, J. M.: *Amado Nervo y la crítica literaria*, Andrés Botos e Hijo, México, 1919.
- LEDEZMA MARTÍNEZ, Juan Manuel: «Telésforo García: un emigrante montañés en el Porfiriato», XV Encuentro de Latinoamericanistas Españoles, Nov 2012, Madrid, España, 2012.
- MARTÍN DE EUGENIO, José María: *La boda de Chipilín*, R. Velasco, Madrid, 1911.
- MELÉNDEZ, Concha: *Amado Nervo*, Instituto de las Españas, Nueva York, 1926.
- MONSIVAÍS, Carlos: *Yo te bendigo, vida*, Proceso, México, 2019.
- MONTE-CRISTO: *Los salones de Madrid*, El Álbum Nacional, Madrid 1898.
- NERVO, Amado: *Cuentos y crónicas*, prólogo y selección de Manuel Durán, Universidad Nacional Autónoma de México, 1993.
- *El libro que la vida no me dejó escribir*, Selección y estudio preliminar de Gustavo Jiménez Aguirre, Fondo de Cultura Económica, México, 2006.

- *Obras completas*, Edición, estudios y notas de Francisco Gonzalez Guerrero (Prosas) y Alfonso Méndez Plancarte (Poesías), Aguilar, Madrid, 1967.
- NUEZ, Sebastián de la; SCHRAIBMAN, José: *Cartas del archivo de Galdós*, Taurus, Madrid, 1967.
- SIERRA, Justo: *Obras completas*, Ed. Agustín Yáñez, Universidad Nacional Autónoma de México, 1948.
- SIMÓN DÍAZ, José: *Amado Nervo y Madrid*, Ayuntamiento de Tepic, 1995.
- SORIANO, Jacinto: *Diccionario de la España franquista*, L'Harmattan, París, 2018.
- TOVAR MARTÍN, Virginia: *El palacio Parcent*, Ministerio de Justicia, Madrid, 1986.
- UNAMUNO, Miguel de: *Desde nuestras sendas soledades: epistolario*, Introducción, edición y notas de José Ignacio Tellechea Idígoras, Universidad Pontificia de Salamanca, 2000.
- URBINA, Luis G.: *Luces de España*, Marineda, Madrid, 1923.

SITIOS DE AMADO NERVO

1. Calle Bailén, 15
2. Calle del Españoleto, 19
3. Ateneo de Madrid. Calle del Prado, 21
4. Iglesia de los Jerónimos. Calle Moreto, 4
5. Calle Mayor, 88
6. La Bombilla
7. Ministerio de Estado. Plaza de la Provincia, 1
8. Paseo de la Castellana, 27
9. Calle Príncipe, 39
10. Museo de Artillería. Méndez Núñez, 4
11. Cementerio de San Lorenzo
12. Arturo Soria
13. Biblioteca Nacional de España. Paseo de Recoletos
14. Casino de Madrid. Calle Alcalá, 15
15. Real Academia de la Historia
16. Calle Tutor, 24
17. Marqués de Villamagna, 4
18. San Bernardo, 62
19. Teatro Real. Plaza Isabel II
20. Banco Hispano Americano. Calle Sevilla, 1
21. Estación del Norte. Paseo de la Florida, 2
22. Hotel Ritz. Plaza de Lealtad, 15

PLANO GUÍA DE MADRID

— 11 CENSO —

12

Signos convencionales
Quilómetros:
Ejemplo:
11
.....
.....
.....
.....
.....





**Comunidad
de Madrid**